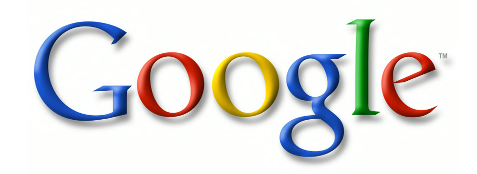
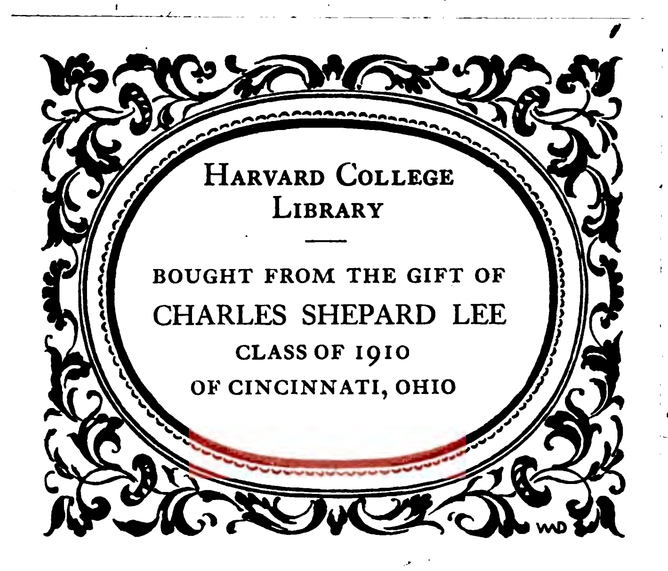



HARVARD COLLEGE
LIBRARY
BOUGHT FROM THE GIFT OF
CHARLES SHEPARD LEE
CLASS OF 1910
OF CINCINNATI, OHIO

HISTORIA POLITICA

DEL

PARTIDO CARLISTA,

de sus divisiones,

DE SU GOBIERNO, DE SUS IDEAS

Y DEL

CONVENIO DE VERGARA,

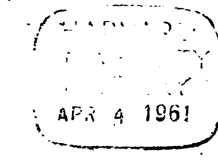
CON NOTICIAS BIOGRAFICAS QUE DAN A CONOCER CUALES HAN SIDO DON CARLOS, SUS GENERALES, SUS FAVORITOS Y PRINCIPALES MINISTROS.

POR EL CORONEL

Don Manuel Lassala.



MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.
1841.


APR 4 1961

HISTORIA POLITICA

DEL

PARTIDO CARLISTA.

HISTORIA POLITICA

DEL

PARTIDO CARLISTA,

DE SUS DIVISIONES,

DE SU GOBIERNO, DE SUS IDEAS

Y DEL

CONVENIO DE VERGARA,

CON NOTICIAS BIOGRAFICAS QUE DAN A CONOCER CUALES HAN SIDO DON CARLOS, SUS GENERALES, SUS FAVORITOS Y PRINCIPALES MINISTROS,

POR EL CORONEL

Don Manuel Lassala.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.

1841.

HISTORIA POLITICA

DEL

PARTIDO CARLISTA,

DE SUS DIVISIONES,

DE SU GOBIERNO, DE SUS IDEAS

Y DEL

CONVENIO DE VERGARA,

CON NOTICIAS BIOGRAFICAS QUE DAN A CONOCER CUALES HAN SIDO DON CARLOS, SUS GENERALES, SUS FAVORITOS Y PRINCIPALES MINISTROS,

POR EL CORONEL

Don Manuel Lassala.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN È HIJOS.

1841.



Bien persuadido de que cuando en tiempo de revueltas políticas se realizan grandes acaecimientos, son siempre juzgados con interesada parcialidad; de que es imposible hacerlos conocer á los partidos que los ven solo del modo que sus pasiones se los presentan, y de que tambien son desfigurados á su vez por los que distantes de los sucesos y de los peligros ni pueden narrar aquellos con exactitud, ni dar á estos su verdadera importancia, ni considerar en su punto de vista á los unos y á los otros; jamás se me habia ocurrido escribir acerca del Convenio de Vergara y de las causas en donde tiene su esplicacion y su orígen, y por esto, aunque comprendido en él y uno de los gefes que le firmaron,

he sido repetidas veces testigo impasible de las invectivas ó elogios que se han derramado con menos tino que profusion, no solo sobre aquel acontecimiento para siempre memorable en los fastos de la historia contemporánea, sino tambien sobre sus principales actores; mas habiendo aparecido dentro y fuera del reino varios escritos, animados algunos por las pasiones, y referentes otros á solo épocas particulares de la causa carlista, he conocido estravian la opinion pública, y no dan á conocer la verdadera índole y las divisiones de un partido, que habiendo nacido débil, en los campos de batalla llegó á robustecerse hasta el punto de tener suspenso mas de una vez en muy dudosa balanza el destino de la monarquía española, y que juzgado en medio de la agitacion de desastrosas contiendas, no ha sido completamente conocido, no solo por los que le son estraños, sino tambien por muchos de los que desde los principios han pertenecido á sus filas. A estas causas bastantes por sí solas á hacer desaparecer la claridad de los acaecimientos, se agrega la de que muchos de los que han escrito sobre esta importante materia han carecido de datos, por lo que ha sido muchas veces asunto de adivinaciones gratuitas, mas bien que de relaciones históricas, y que otros no han estudiado el orígen de sucesos sorprentes en multi-

tud de causas, que aunque al parecer opuestas, han concurrido á un mismo fin. Esto sirve para esplicar por qué en poco se han parecido unos á otros los escritos publicados hasta ahora, que han resultado llenos de contradicciones é inconsecuencias, no satisfaciendo en modo alguno á la ansiedad general, empeñada particularmente en la averiguacion del admirable modo con que llegaron el ejército carlista y el pueblo que le ayudaba á la verificacion del Convenio despues de tantos sacrificios, de tanta decision, y de tanto compromiso, sostenido todo tal vez hasta pocos momentos antes de llevarse á cabo, y cuando la causa de Don Carlos, fuerte y dominando gran parte de la Península, levantaba fortificaciones, y disparaba el cañon á pocas leguas de Madrid. Esta esplicacion es la que me propongo, la que creo necesaria, y para la que es yá llegado el caso, puesto que la existencia política del partido carlista dió para siempre fin en los campos de Vergara el memorable dia 31 de agosto de 1839, y que la ninguna relacion que con los destinos futuros de la España ha dejado, permite ya, amortiguadas las pasiones en esta cuestion, el examen imparcial de sus diversas faces políticas desde fines de 1833 hasta el citado 31 de agosto.

Superior á toda clase de influencias, ol-

vidando momentáneamente dulces afectos, y prescindiendo de resentimientos justos, seguiré al partido carlista en todas sus vicisitudes; espondré sencillamente los sucesos tales como los he visto; pintaré á las personas del modo que ellas han aparecido desde la muerte de Fernando VII, y encontraré muchas veces en los sentimientos de mi corazon y en las diversas impresiones que he recibido en tiempos prósperos ó adversos la verdadera indicacion de los sentimientos y deseos carlistas, representados por los que voluntariamente fueron conducidos á la defensa de Don Cárlos, impulsados de honrados principios y de fines patrióticos, que pueden escribirse sin rubor en todas las banderas, y proclamarse en todos los campos. Militar desde mis primeros años, si he recibido alguna instruccion ha sido esclusiva á mi carrera, asi carezco de las pretensiones de escritor; el lenguage pues de este fragmento histórico no será elegante, no será bello, ni aun tal vez correcto; lo creo, y anticipadamente con franqueza lo confieso; pero sí repito con toda la buena fé posible que presentaré la marcha de los acontecimientos y las circunstancias de las personas con imparcialidad, dando asi á conocer de un modo claro y cierto lo que ha sido Don Cárlos, su causa, sus diversos partidos, y los personages que en ellos mas han

figurado, y en fin cómo llegó el gran dia de Vergara. Para descubrir este importante y al parecer casi incomprensible punto, no hay otro medio sino ceñirse al examen y marcha de los sucesos políticos y militares ocurridos desde 1833 en el pueblo y ejército carlista, los cuales no han sido bien conocidos hasta ahora.

El partido declarado por Don Cárlos en las provincias Vasco-Navarras cuenta sus mejores páginas en el periodo de la guerra que comprende todo el año de 1834 y una gran parte de 1835. Todo carlista era en aquel tiempo un arrojado y útil vasallo de su invocado rey; la juventud con las armas en la mano corria de combate en combate y sin orden militar adelantado, sin particular instruccion, con escaso armamento, y con unos cuantos cartuchos, batallaba contra fuerzas numerosas regladas, provistas de cuanto necesita la guerra, y mandadas por generales de reputacion; en aquella época de enardecido entusiasmo, el propietario ofrecia gustoso sus bienes; los hombres útiles volaban á las armas; el padre presentaba voluntariamente sus hijos en reemplazo tal vez de otros muertos en los campos de batalla, y si alguno no sentia latir en su pecho este ardor bélico y generoso, no osaba presentarse en su pueblo, donde era escarnecido hasta por las

mujeres, partícipes tambien de estos ímpetus varoniles, representados por el unánime grito de Religion, Carlos V y Fueros: los eclesiásticos abandonaban el altar del Dios de paz, y predicaban la guerra, ó empuñaban el fusil y la lanza: en los montes, en los bosques, en las peñas y entre los mismos enemigos se improvisaban talleres, y se establecian fábricas de armas y de municiones, y hasta de los mares se sacaban cañones y balas, cuyos recuerdos de existencia transmitia la tradicion ó la memoria de borrascas y naufragios ocurridos en las costas. Todo era entonces admirablemente desinteresado, y si ahora, no obstante el corto tiempo transcurrido, se narrasen con puntualidad los hechos de aquella época, se tendrian por inventos de una imaginacion fogosa y fecunda. Zumalacárregui era entonces el hombre estraordinario del partido; su valor, su increible actividad, su voluntad de hierro y su fortuna, le habian dado una superioridad de que dificilmente ha gozado jamas otro en semejante posicion. Este primer gefe de los carlistas, de cuarenta y cinco años de edad, habia mandado varios regimientos de infantería en tiempo de Fernando VII con distinguida reputacion, y por sus opiniones políticas fue separado algunos meses antes de la muerte del monarca. Natural de Guipúzcoa, su figura

era imponente, su caracter sério, y de pocas palabras, de incansable actividad, de físico robusto y bilioso, de entereza en las medidas de rigor, aunque de buen fondo, y vencia los obstáculos de la época; tenia valor, castigaba de un modo fuerte la cobardía; aventajaba rápidamente á los valientes, y sabia con muy pocas espresiones conmover y entusiasmar á las tropas. Los batallones navarros merecieron su particular confianza, y ellos le adoraban y temian. Hiriendo á veces el amor propio de sus soldados con la palabra «falsos» (cobardes), Zumalacárregui les hacia ejecutar las mas arriesgadas empresas; miraba todo lo concerniente á la guerra con el interés de una especie de propiedad suya; repartia el calzado, examinaba los cartuchos, reconocia el armamento, creaba los batallones, organizaba las compañías, y lo hacia y veia todo por sí mismo. Las tropas unian á un estremado respeto y obediencia hácia su general, una confianza ciega y supersticiosa en sus conocimientos; los pueblos le consideraban como su salvador en la lucha emprendida, y aun al enemigo imponia su nombre, que ya resonaba en la Europa.

Unico general en el ejército, Zumalacárregui mandaba sin rivales de ninguna especie, y no habia un solo individuo, aun entre los gefes mas ambiciosos y audaces, que

se atreviese á imaginar que podia nunca ser algo mas que el mero y obediente ejecutor de sus órdenes. Reducido el ejército á pocos batallones, eran sus gefes y hasta sus oficiales conocidos particularmente del general; el valor, la actividad y la ejecucion en las empresas de arrojo eran el solo camino de los ascensos, que dispensaba él mismo, y de adquirir una reputacion que se formaba sobre el campo de batalla; allí se veia á brillantes oficiales, procedentes de antiguos cuerpos del ejército, marchar á pie, y aunque llenos de toda suerte de privaciones, hasta con alegría, ocupando tal vez empleos inferiores á los suyos, y entrar en empeñadas acciones sin mas armas que un simple palo. El soldado no recibia ni pedia vestuario; la boina y una prenda de uniforme cogida al enemigo eran su vanidad y sus galas: ocupados todos en batirse ó en descansar, ninguno pensaba en lo futuro, y todos se mostraban contentos; asi no habia en aquellos tiempos espíritu de provincialismo, ni partidos que hicieran de los empleos militares un sistema de esclusivismo: algunos de los batallones navarros mas distinguidos en la lucha por su arrojo y bravura tenian por gefes á los llamados castellanos, que eran todos los no naturales de las provincias, y aun habia alguno que apenas contaba un capitan del

pais; entonces solo dominaba la idea de una guerra, cuyo éxito favorable todos miraban como seguro, á la cual voluntariamente se habian comprometido, y que consideraban como una cosa propia. En aquella época los padecimienios en nada se contaban; el general y el último oficial no tenian divisas, vestian del mismo modo, y comian la misma racion, y á la manera que en tiempos remotos el celo religioso condujo á la tierra santa á los cruzados; asi para el soldado carlista las penalidades eran su mayor orgullo, y un objeto de gala y ostentacion las privaciones, la falta de recursos, y la escasez hasta de las prendas principales de vestir; y sin queja, sin sentimiento y sin murmuracion se veia á antiguos gefes y oficiales de Fernando VII recibir á su ingreso en las filas carlistas el fusil ó la lanza, y batirse y servir como simples voluntarios. Todos creian entonces en lisonjeras esperanzas, y hasta en las conversaciones de los soldados era para ellos una segura y poderosa razon de triunfo para la causa carlista el decir: «Concho, ¿pues que una »mujer ha de ganar á un hombre?» El ejército pues con este espíritu, sin embarazos, con muy pocas necesidades, en continuo movimiento, batiéndose ó descansando de sus fatigas con ventajas, y lleno siempre de ciega confianza en su gefe, no abrigaba semilla

alguna de disgusto ni de desunion: el real de Don Cárlos, de monte en monte, en los precipicios, perseguido viva y especialmente en los tiempos del general Rodil, y reducido á pocas personas, no podia desplegar los vicios que siempre se abrigan en derredor del poder. De este modo un solo impulso y una sola vida animaba la causa carlista en su nacimiento; pero apenas mejoró de posicion el real se empezaron ya á conocer y sentir por los hombres de perspicacia los anuncios de males ulteriores. Disgustos y desabrimientos de cuantía existieron ya entre el ministerio Cruz y Zumalacárregui, aunque apenas conocidos del público; las continuadas victorias del general eran recibidas en el real friamente; los noveles cortesanos las consideraban como un efecto de la santidad de la causa, de la proteccion del cielo, y de las virtudes del rey; la conducta acertada y necesariamente generosa del caudillo era desaprobada, y se le pedia sangre y esterminio en vez de templanza. En los momentos en que Zumalacárregui ofrecia mas laureles á los pies de su rey, se veia forzado á hacer renuncias reiteradas del mando del ejército, que con gusto hubieran visto aceptadas los cortesanos. Un ministro, que no encontraba recursos, que nada proporcionaba á las tropas, que no adquiria relaciones ni apoyos es-

teriores, que solo existia por la espada de Zumalacárregui, aspiraba á humillarle, á mandarle con altanería, á exigirle intempestivas y perjudiciales sumisiones, á intervenir en sus operaciones, y á desaprobar sus hechos y conducta. Las resistencias fundadas del general se presentaban en la naciente corte como desobediencias, como desacatos, y como síntomas de ambiciosa independencia, que ofendian á la dignidad real, de que afectaban mostrarse celosos defensores, y el príncipe oia ya, tal vez con agrado, estas primeras adulaciones cortesanas, que en otra alma de mas fino temple hubieran debido llevar la indignacion al último grado. Zumalacárregui entre tanto sin recursos, al frente del enemigo, con no esperados sinsabores, y tropezando á cada paso con los obstáculos que le creaba un ministerio raquítico, se exasperaba; representaba en vano, y marchaba al real lleno de enojo, y resuelto al parecer á golpes fuertes; mas la vista de Don Cárlos le desarmaba, y puesto á sus pies á la mas leve demostracion del real aprecio y de los padecimientos de su rey, el intrépido guerrero derramaba lágrimas de amor y de respeto.

Don Cárlos era entonces un personage romántico que llamaba la atencion europea, y que ciertamente interesaba á sus súbditos de un modo estremadamente afectuoso; el

elevado concepto que de sus virtudes se tenia generalmente formado, el carácter firme que se le atribuia, su proverbial religiosidad, su resignacion, sus indecibles trabajos, su confianza al entregarse á los pocos reunidos en las montañas de Navarra, su afortunada fuga de Inglaterra, y las anécdotas que de su vida se repetian, penetraban hasta el fondo del corazon de sus súbditos y partidarios; así el entusiasmo por él era entonces loco, frenético, imposible de imaginar.

Durante estos tiempos se fueron realizando las ventajas de los carlistas, que se hicieron dueños de gran parte de las provincias vasco-navarras, obligando al enemigo á establecerse al otro lado del Ebro; y el tratado de Elliot, regularizando la guerra, transformó en un ejército reconocido á las llamadas hordas de los defensores de Don Cárlos. Zumalacárregui despues de sus continuados adelantos queria marchar al enemigo, aprovechando su situacion; obligarle á batirse, y operar sobre Vitoria, ó penetrar en las Castillas. En un momento de entusiasmo despues de la toma de Vergara esclamó "Llevaré los voluntarios á Madrid, venceremos." Mas en el real se deseaba ya boato, corte, comodidades y goces; una poblacion grande y rica les era necesaria; Bilbao tenia atractivos, y las influencias cortesanas obligaron á em-

prender aquel cerco tan famoso como infausto para las huestes carlistas en la primavera de 1835. Zumalacárregui sin grandes medios de ataque marchó sobre Bilbao, y tal vez hubiera logrado al fin la victoria; pero en Bilbao ha existido siempre para los carlistas un destino fatal y tremendo. La muerte llevada en una bala de fusil les arrebató al caudillo, al héroe, y tambien la fortuna de su bandera. La noticia de la muerte de Zumalacárregui, ocurrida á los pocos dias de recibir la herida, y en un violento delirio, en el que siempre estuvo hablando de sus queridos voluntarios, de sus combates, y de sus disgustos con el ministerio, aterró al ejército y á los pueblos; no fue indiferente al enemigo, y solo en el real de Don Cárlos se recibió, sino con satisfaccion, al menos sin muy marcado sentimiento; ninguna muestra de la real gratitud bajó del trono á enjugar las lágrimas de la familia del malogrado general, que habia sido el primero en levantarlo y defenderlo, y solo en época muy posterior recibió esta familia los premios que por mucho tiempo habia olvidado su rey.

La muerte de Zumalacárregui, ocurrida á fines de junio de 1835, sorprendiendo á todos por una multitud de causas diversas, produjo desde luego el tan inesperado como importante hecho de dejar vacante el mando

del ejército, sobre cuyo elevado destino nadie habia osado jamás fijar una mirada: el general Eraso, en los momentos de recibir la herida su ilustre predecesor, quedó interinamente encargado del mando de las tropas: este gefe pertenecia á una distinguida y acaudalada familia de Navarra; habia mandado antes de la guerra los cuerpos armados del pais; era á la sazon su comandante general, y habiendo concurrido de los primeros al pronunciamiento carlista, con generosidad habia cedido el mando que le correspondia á Zumalacárregui. Su delicada salud y falta de conocimientos militares le hacian poco á propósito para el dificil y espinoso mando superior del ejército; las ambiciones personales y los pandillages de mando se formaron y enardecieron algo para el reemplazo del perdido gefe: hubo intrigas, pero débiles todavía, y no preparadas de tiempos anteriores, tuvieron fin declarándose Don Cárlos general en gefe del ejército, y nombrando para su gefe de E. M. al general Moreno. En estos dias se habia levantado ya precipitadamente el sitio de Bilbao: fuerzas enemigas habian penetrado en la plaza, y el ejército carlista se hallaba diseminado, ocupando los batallones sus respectivas provincias. Zariátegui, secretario de confianza de Zumalacárregui, sus ayudantes de campo y oficiales de

plana mayor se habian separado á su muerte del cuartel general, uniéndose los unos al de Eraso en Navarra, pidiendo licencias otros, y diciéndose enfermo alguno. Moreno á su incorporacion al ejército pidió los documentos de la secretaría de campaña, los estados de fuerza, de recursos, de municiones y de calzado; las noticias reservadas y de confidencia, y cuanto le era absolutamente necesario para el conocimiento de la situacion en todos los ramos de las tropas que iba á mandar, mayormente cuando por las circunstancias los almacenes, los depósitos, y todo lo indispensable al ejército se encontraba en parages reservados y con secreto, á cargo de personas de confianza: á todó se le contestó que nada se sabia, y por todos antecedentes se le entregó en una caja un sello de E. M.: de este modo la gran autoridad del general, hasta entonces tan fuerte, tan robusta y tan absoluta, se debilitó, y esto precisamente cuando mas necesario era su vigor por la desaparicion del hombre del prestigio y de la mas ciega confianza. Moreno se vió en una situacion bien desagradable, y que solo toleró por la imposibilidad en que se encontraba de emprender inmediatamente operacion alguna el ejército contrario, satisfecho y con razon de haber salvado la rica y comprometida capital de Vizcaya. Moreno fue

poco á poco y con dificultades adquiriendo datos y conocimientos; organizó su E. M.; tuvo la ventajosa accion de Arrigorriaga, en que figuró distinguidamente el general Maroto, y emprendió algunas operaciones, que no fueron de consecuencia por casuales motivos, pero que hubieran podido tener resultados estremadamente decisivos á tener la fuerza de mando, la energía y la actividad del general que habia dejado de existir. Moreno tenia conocimientos teóricos y talento; pero ni su adelantada edad y poca fibra, ni su envejecida carrera, ni sus prevenciones contra la juventud le constituian á propósito para la clase de guerra que debia hacer, y las tropas de activo entusiasmo que habia de mandar: el Real por otra parte ansioso siempre de mando, accesible á los intrigantes y pretendientes, y ambicionando lisonjas, estendia cada vez mas su autoridad; intervenia muy directamente en la organizacion del ejército; dispensaba facilmente ascensos, y dió á conocer á los ambiciosos que podia hacerse fortuna mas cómodamente en las antesalas de los ministros ó de los cortesanos, que en los campos de batalla. Por entonces existian ya en Cataluña, Aragon y Valencia fuerzas carlistas, que aunque sin órden militar, y mandadas por hombres oscuros, fueron aumentándose prodigiosamente. Este progreso, la

estension del territorio que recientemente se habia logrado en las provincias vasco-navarras, la facil comunicacion con Francia, y otras causas políticas, daban partidarios á D. Cárlos, y resolucion á muchos para ir á rendirle el homenage de su adhesion en las provincias: continuamente llegaban nuevos presentados de todas clases, edades y carreras, y entre estos algunos jóvenes gefes y oficiales de muy distinguida reputacion, de la época de Fernando VII, que contribuyeron de un modo especial á la organizacion militar de los Carlistas, á sus triunfos y á sus bien dirigidas operaciones, y que desde luego obtuvieron lugar en las filas del ejército; pero no era ya este el punto central de union y prueba para todos los llegados.

Habíase formado ya una corte movible que seguia á Don Cárlos, separado casi siempre del ejército, y bien pronto empezaron á conocerse sus vicios. El ejército, aunque siempre decidido y resuelto, no se sentia animado de aquella confianza, que rayando en adoracion, habia esperimentado hácia su antiguo gefe; la guerra habia perdido su primer carácter por un efecto necesario de la retirada del ejército de la reina á la orilla derecha del Ebro; ya no se trataba de encuentros repetidos, y de columnas parciales; las operaciones eran complicadas y ejecutadas con fuer-

zas numerosas, forzosamente tardías: los cuerpos permanecian largos dias en unos mismos puntos sin batirse, y esto daba lugar á murmuraciones y á disgusto en el soldado, que acostumbrado al ardor de los combates, miraba como inaccion y falta de esfuerzo lo que era solo resultado de la situacion de la guerra.

Llegaron en esto los dias de Mendigorría, y los errores de Moreno, las faltas voluntarias de Eraso, la fortuna y el saber del general enemigo, ú otras causas, dieron á éste la victoria; renació el espíritu en su ejército, y desapareció en algo el del carlista.

El Real, puesto en comunicacion con Cataluña, Aragon y Valencia, se gozaba en tanto en la estension de su autoridad; creia fácilmente prosperidades; esperaba pronunciamientos, y disponia una espedicion de tropas navarras, que á los órdenes del general Guergué pasó á poco á Cataluña, donde debia entrar á tomar el mando el conde de España. La multitud de empleados y pretendientes, siguiendo á D. Cárlos en sus residencias, ó permaneciendo pasivos en los pueblos, sacando raciones, ocupando alojamientos, y ostentando tal vez un lujo y unas costumbres no tan sencillas como las del pais, empezó á incomodar al ejército y á los pueblos. La frase comun de "ojalá se ataque, y ganemos" dió orígen entonces al epiteto de ojalateros, con

que se designó á aquellos, que era insultante y despreciativo, y la ignorancia y malicia de las clases bajas lo hizo estensivo á cuanto no pertenecia á las filas del ejército. La falta de pagas, al mismo tiempo que crecia el lujo y aparato del Real, disgustaba; la llegada de nuevos individuos procedentes de lo interior del reino amargaba tambien á los vascongados que veian en ello nuevas cargas, y el ejército con cierta especie de celos nuevos gefes, con quienes debia partir el fruto de sus sacrificios. Solia decírseles que llegaban tarde, y muchas veces de buena fé, pues los vizcainos veian algunas veces la conclusion de la guerra en la toma de Bilbao, los navarros en la de Pamplona, los guipuzcoanos en la de San Sebastian, y los alaveses en la de Vitoria; y precisamente estos puntos, que ocupaba el ejército enemigo, se encontraban frecuentemente bloqueados. Los recien llegados, con relaciones y con mas esperiencia, no dejaban de medrar, y asi indirectamente, sin intencion alguna, y de un modo hasta inocente se iba destruyendo la compacta homogeneidad de los primitivos tiempos, el espíritu de union que habia existido, y empezaban á nacer las semillas que en tiempos posteriores en el Real y en los cuarteles generales habian de dar abundantes frutos.

La derrota de Mendigorría destruyó la

autoridad de Moreno, y ya fué necesaria su separacion, levantándose tambien un grito de indignacion contra el ministro Cruz, á quien se calificó de traidor. Esta voz fatal sonó entonces por primera vez entre la lealtad carlista, y en el Real de D. Cárlos se empeñó la lucha entre los partidos que asediaban al irresoluto rey, y á los que forzosamente se unian los aspirantes al mando del ejército. Esta situacion no podia ser duradera, y se atendió á la mas urgente necesidad, nombrando en octubre de 1835 general en gefe al conde de Casa-Eguia, y haciendo entrever la esperanza de la llegada de hombres eminentes para el ministerio. El conde de Casa-Eguia, de 60 años de edad, antiguó general de Fernando VII, vizcaino de nacimiento, de apellido célebre en la causa realista, de talento, y con no comunes conocimientos, fué bien recibido del ejército, y aunque casi imposibilitado físicamente por la falta de una mano y gran parte de la otra, esta misma circunstancia, recordando su desgracia en 1829, interesaba en su favor. Algunos meses antes habia sido nombrado virey de Navarra; pero la junta habia rechazado su nombramiento por ser contra fuero á causa de la residencia del rey en el pais, y á esto se atribuye la falta de armonía que siempre hubo entre el general y la junta, y que no fué indiferente para lo

sucesivo. El ejército enemigo habia aumentado considerablemente en número, y recursos propios y extranjeros: continuas fortificaciones de puntos importantes, y el preparado trabajo de estensas líneas que se establecieron durante el invierno de 1835 á 1836, unidas al Ebro y al Arga, iban á cerrar el pais carlista. Eguia conoció mejor que nadie lo difícil de su posicion, y con talento abrillantó en lo posible su campaña, dando algunas ventajosas acciones, y apoderándose de los pueblos fortificados de Balmaseda, Plencia, Lequeitio, y otros que dificilmente podian ser socorridos por su aislada y lejana situacion en lo interior del territorio carlista ó en sus costas; pero estos triunfos eran mas lucidos que reales, y ciertamente no era esto desconocido al mismo Eguia, que no podia absolutamente hacer otra cosa.

En el Real, lejos del peligro, bullian en planes militares y pomposas ilusiones; continuamente llegaban á él ambiciosos intrigantes que forjaban magníficas relaciones del brillante espíritu carlista en lo interior de la Península, y de los deseos de pronunciarse por D. Cárlos; y segun ellos bastaba la presentacion de una boina para levantar provincias. Gefes sin colocacion, y deseosos de la vida guerrillera, secundaban estos planes; se suponian con prestigio y relaciones que no

tenian; los desocupados y visionarios cortesanos, entregados al goce de sus comodidades, se enardecian exajerando las ventajas de tales proyectos, y para unos como para otros el ejército contrario sè componia de débiles quintos, deseosos de pasarse; los pueblos eran masas de carlistas, ansiosas de sublevarse; el gobierno de Madrid estaba temblando, y la reina Cristina ocupada solo en empaquetar sus alhajas para ir al extranjero con ellas y sus hijas; la guerra en fin, en opinion de ellos, no se concluia porque no se queria. Don Cárlos lo oia, y lo oia crédulamente todo; asi el ministerio importunaba y pedia victorias al general en gefe; le mandaba atacar, y le insinuaba las prosperidades que debia ofrecer el naciente frenesí de las espediciones. Para un hombre dc conocimientos y de talento, y que se veia en dificil posicion, debian ser bien duras tan disparatadas exigencias; mas era nècesario ceder; Eguia operaba cuanto le era dable, y á manera de burla y ridículo formó una espedicion de 200 infantes y unos caballos al mando del canónigo Batanero, diciendo en sus órdenes que pasaba á sitiar á la villa de Madrid. Aquellos hombres, con la confianza ciega é increible que siempre ha distinguido al partido carlista, marcharon á lo interior sin oponer la menor dificultad.

El grueso del ejército enemigo se hallaba generalmente en el punto avanzado y amenazador de Vitoria, y Eguia con sus fuerzas se estableció en las posiciones de Arlaban por el mismo tiempo que las líneas fortificadas iban arrebatando á los carlistas casi toda la Navarra, la Rioja alavesa, y otras importantísimas porciones de terreno. El odio contra el ministro Cruz continuaba con empeño, y era indispensable su separacion; los partidos con la penuria del erario aumentaban contra él las acriminaciones, y al recuerdo de tiempos anteriores llegaban á imputarle hasta la muerte de Zumalacárregui, que decian habia sido mas bien el efecto de los disgustos con el ministro, que el resultado de su herida. En tal situacion apareció en el Real, juntamente con el obispo de Leon, el antiguo consejero de estado Erro; su nombradía, su cualidad de vascongado, las favorables noticias que de él circulaban, los recursos con que se creyó contaba, su opinion como hombre de estado, y sus relaciones con el estranjero, le dieron una acogida favorable; y generalmente se deseó su elevacion á la direccion de los negocios, la cual tuvo lugar en la primavera del citado año 1836, nombrándole Don Cárlos su ministro universal.

Una rara coincidencia se advierte en este periodo de la guerra civil: en Madrid absor-

via el poder, rodeado de prestigio y de esperanzas, Mendizabal, á quien por lo colosal de su figura se apellidó Juan y medio; y en las provincias Erro, tambien Juan de nombre, y mas que Juan y medio por su estraordinaria altura, subia al poder: Juan y medio en Madrid obtenia de los Estamentos un voto de ciega confianza, y Juan y medio en las provincias era nombrado ministro universal: el Juan y medio madrileño ofrecia concluir la guerra en seis meses, y el Juan y medio vasco-navarro anunciaba para igual tiempo la entrada de Don Cárlos en el palacio de sus mayores: el Juan y medio del Manzanares prometia oro á discrecion, y el Juan y medio del Arga lo ofrecia tambien á manos llenas: el Juan y medio de la Reina mucho no pudo cumplir, y el Juan y medio de Don Cárlos nada hizo.

El Real en esta época habia aumentado prodigiosamente; el infante Don Sebastian habia llegado hacia algunos meses con parte de su servidumbre; antiguos criados de palacio se presentaban continuamente; nuevos gentiles-hombres, mayordomos de semana y ayudas de cámara servian en las régias habitaciones con envidia de los que hasta entonces lo habian hecho; títulos de Castilla y algun grande de España ornaban la Córte con disgusto de los humildes cortesanos que an-

tes la habian formado. Guardias de honor de infantería y caballería para las personas reales; guardias de Corps para el estandarte de la generalísima la vírgen de los Dolores; músicas, libreas, caballos, ministerios, juntas, oficiales de secretaría, las famosas bolsas del despacho, ídolo de los pretendientes, besamanos, audiencias, estranjeros que iban y volvian, intrigas, enemistades, vicios, todo, todo se encontraba ya en el Real de Don Cárlos; y como á cada Córte la distingue un gusto y una fisonomía particular que la domina desde el mismo trono, la Córte carlista tuvo tambien un carácter propio y esclusivo. Don Cárlos, religioso de práctica, asistia á todos los oficios divinos; los cortesanos siguieron en tropel el mismo camino, y poblaron los templos: Don Cárlos gustaba de novenas, de funciones de iglesia; los palaciegos las fomentaron, é hicieron de ellas la diversion constante de la Córte: los ingenios se ocuparon en piadosas composiciones, y altos empleados cantaron gozos y letanías: Don Cárlos usaba de un lenguage místico, y en la Córte se habló como en un monasterio: Don Cárlos lo esperaba todo de la generalísima, y los cortesanos en nada contaban para los triunfos con el arrojo del soldado, pues los creian seguros é infalibles con la proteccion divina y las virtudes del rey: la hipocresía dominó,

en fin, en público, y los desórdenes de todo género crecieron en la vida privada.

El espíritu de intriga y disension logró tambien penetrar en el cuartel del ejército. El conde de Eguia, de carácter fuerte é irritable en sus arrebatos, gritaba con furor, é insultaba con espresiones duras, y esto ofendia particularmente á los que se hallaban en empleos no inferiores; y con ello consiguió, á pesar de ser hombre de buen fondo, crearse fuertes enemigos que se fueron reuniendo bajo el pretesto de estrema adhesion carlista, de necesidad de elevar al poder militar á un gefe, hijo del levantamiento de las provincias, y en que figuraron las reputaciones navarras de ambos cuarteles. El general García, comandante general de Navarra, y la junta del mismo reino, deploraron la desgraciada suerte de su pais, que decian ser el gran sosten de la causa, y que suponian criminalmente abandonada por Eguia. El general Gomez, unido á otros gefes, dirigia reservadas esposiciones al Real, de que era portador su intrigante capellan de E. M., y en ellas se acusaba á Eguia por su conducta y operaciones; se hablaba del disgusto de las tropas, y se apoyaba el proyecto favorito de las espediciones como absolutamente necesario para fomentar el espíritu de otras provincias; proteger los pronunciamientos, y aliviar

tambien al pais vascongado de la pesada carga que sufria. El famoso cura Echeverría y el activo é intrigante oficial de la secretaría de la guerra, Sanz, con algunos otros, eran el alma del partido que ya empezó á llamarse en el Real el puro, el faccioso por escelencia, y que fué el núcleo del partido estremado que en tiempos posteriores, lleno de fuerza, llegó al poder apoyado en las simpatías del corazon de Don Cárlos. Pusiéronse entonces al frente de este partido algunas personas de talento y ambicion, conocedoras ya del carácter y sentimientos de Don Cárlos, y que contaban con los individuos de la servidumbre esterior, poseedores del favor del príncipe, como eran un tal Gelos, al que de desconocido barbero se le hizo cirujano; el llamado el mantero, y otros de este linage, á quienes se reunió un gran número de gente oscura. La mayor parte eran hombres violentos por un impulso nacido en ellos mismos, que les conducia á mirar con odio á toda persona decente como á un obstáculo que siempre veian por delante para sus elevaciones: otros, sin ningun talento, pedian, y de buena fé creian posible, la degollacion de cuatro ó cinco millones de liberales, y con este sencillo remedio una profunda paz para los realistas; otros tambien, sin haber salido jamás del rincon de sus pueblos, temblaban

á la vista de tanto aspirante á empleo, creyendo no habia de haber suficientes para todos, y temiendo se los arrebatasen aquellos á quienes llamaban los "señoritos." Así pues, por muchas y diversas causas todos concurrian á un mismo obgeto, habiendo en todos un instinto natural que les impelia á sobreponerse y humillar, favorecidos de tan estraordinarias circunstancias, á las clases y á los hombres, á quienes antes no hubieran osado mirar sino con respeto y consideracion. Inventóse el tema, que despues se hizo tan favorito, de designar como masones encubiertos á todos los que no eran de la última clase de la sociedad, ó no entraban en las filas de la faccion esterminadora, y no pocos hombres de buena fe lo creian sinceramente. Don Cárlos en tanto, siempre irresoluto y siempre débil, titubeaba; pero la separacion de Eguia era ya inevitable, y solo la retardaban los anuncios de una próxima batalla. Llegó por fin esta á últimos de mayo de 1836, y ciertamente que Eguia hizo con sus escasas fuerzas lo que parecia imposible; en todas partes contuvo á enemigos poderosos que amenazaban invadir las provincias cual un torrente, y que solo consiguieron en tres dias recorrer elevados montes; pisar el pueblo de Salinas de Guipúzcoa; destruir gran número de parapetos, y retirarse á sus primitivas posicio-

nes sin fruto de importancia, con pérdidas de consideracion, y dando una nueva fuerza moral al ejército carlista y á las gargantas del pais. Estas ventajas fueron en algo contrariadas por las pérdidas sufridas en las líneas de San Sebastian, y la muerte de su comandante general: se culpó de ello tambien á Eguia por haber debilitado sin necesidad aquel importante pais á causa de personales enemistades; y á fines de junio fué separado con pretesto de la necesidad en que se hallaba de tomar baños.

Las esperanzas del ministerio universal se habian ya frustrado del modo mas completo; el ejército no habia recibido el menor auxilio; la caballería que necesitaba á toda costa de aumento, permanecia sin reemplazos de ninguna especie; las exacciones y cargas del pais progresaban espantosamente, y el disgusto cundia en proporcion de las ventajas que se habian prometido. La única variacion que á la creacion del ministerio universal se habia notado en el Real, habia sido la etiqueta introducida en la comida de Don Cárlos y Don Sebastian, cesando la servidumbre de sentarse á la mesa, cuya distincion gozaba en un principio; y el primer acto del departamento de la guerra, una órden ridícula, prohibiendo la marcha francesa, y otra insultante é indigna, por la que hombres recientemente

adheridos á la causa de D. Cárlos exigieron á soldados voluntarios y decididos el juramento de banderas que no existian. En seguida se publicaron los perjudicialísimos decretos de calificaciones, revalidaciones, remuneraciones, épocas y otros; por la seccion de hacienda se improvisaron intendentes á hornadas. Los contadores, los interventores y demas no escasearon; todas las secciones ministeriales á competencia prodigaron promociones, y en el Real, dentro de una modesta zamarra, se encontraban los intendentes de Valencia, de Aragon, de Castilla y de otras provincias; á lo mejor se tropezaba con el asistente de Sevilla, ó con el comandante del resguardo de Cádiz; los gobernadores de casi toda España bullian en todas partes con los ordenadores, los jueces y los consejeros; en fin, allí se encontraba un panorama completo de la España empleada, y cuyos destinos debian hacer efectivos el valor, la sangre, el sufrimiento y las privaciones de un ejército fiel, de quien nadie se acordaba; que se sentia maltratado, y que no era llamado al reparto de estas gracias que eran dadas á hombres que no se habian batido, y que tal vez habian sido llamados para venir á recibirlas de puntos ocupados por el enemigo. Esto causaba disgusto á los hombres movidos por intereses materiales; entristecia sobremanera

á los pensadores, y á los de esperiencia consumada les descorria la punta del velo que aun cubria al príncipe, á sus mas favoritos ministros, y á sus hombres de estado.

La separacion de Eguia condujo al general Villarreal al mando superior del ejército: este gefe se hallaba entonces en la cumbre de su justa y bien merecida reputacion. Alavés de nacimiento, subalterno en tiempo de Fernando VII, de los primeros en alzar la bandera carlista en las provincias, de 34 años de edad, hombre de carácter frio, de un desinterés poco comun, sin ambicion ni intrigas, jamás adulador, valiente sobre todos los valientes, distinguido por Zumalacárregui y por Eguia, de rigidez militar, amante del pais, y de concepto y aprecio en el ejército enemigo, parecía reunir cuantas circunstancias son necesarias para un mando feliz en tiempos de tal importancia; pero modesto y moderado cual ninguno, tembló á la vista de la pesada carga que sus hombros debian sostener; consultó sus propias fuerzas, y no las creyó suficientes para tamaña empresa: espúsolo asi con franqueza al Gobierno, asegurándole de su arrojo y decision para marchar sobre el enemigo al frente de una columna; pero haciéndole conocer las pocas ventajas que á la causa carlista proporcionaria su mando en gefe: el Gobierno no dió valor á

tan franca manifestacion; para los partidarios de Villarreal fué esto un nuevo título de aprecio, y se cree que una carta autógrafa de Don Cárlos fué la que le comprometió, en fin, á la admision del mando. Encargado Villarreal de las operaciones militares adoptó un nuevo sistema que hacia necesario las exigencias del Real, la opinion de los gefes que habian contribuido á la separacion de Eguia, y la impaciencia del pueblo que se lamentaba de una guerra, cuya duracion jamás habia concebido. Condujo rápidamente el ejército desde las posiciones que ocupaba al frente del enemigo, hasta el estremo derecho de la línea; hizo algunos centenares de prisioneros, y este primer hecho de armas fué premiado por Don Cárlos con el empleo que le confirió de teniente general; elevacion que tambien hacia indispensable la menor antigüedad de mariscal de campo que respecto á otros generales empleados tenia Villarreal. El caudillo enemigo, al observar las nuevas operaciones del carlista, no emprendió movimiento alguno, y pareció indicar que se preparaba para oponerse á las que de nuevo se intentáran. Esta detencion, como casi todas las que venian de parte de los generales de la reina, era favorable al ejército carlista, permitiéndole salir de situaciones críticas, y pasar á otras quizas de ventajosa paralizacion.

En el nuevo plan debian las espediciones ocupar un lugar muy preferente; asi es, que con actividad y secreto no acostumbrado se preparó y llegó á salir la famosa de Gomez, compuesta de una division castellana, fuerte de cinco batallones y dos escuadrones. Su salida de las provincias fué un golpe para los que fiaban demasiado en el sistema de bloqueo y encarcelamiento en que se suponia á los carlistas. Gomez empezó en junio de 1836 un sorprendente paseo por toda España, y con él crecieron las locas esperanzas de la Córte carlista. Este general, comandante de batallon en el reinado de Fernando VII, natural de Andalucía, de unos 50 años de edad, de bello personal, de trato sumamente amable, de carácter dulce, de conocimientos y facilidad para la guerra de partidario, fué de los primeros presentados en las provincias, y sirvió á las inmediaciones de Zumalacárregui con el carácter, entonces algo imaginario, de su gefe de E. M. Sucesivamente mandó la division y provincia de Guipúzcoa, y la tercera division de operaciones, y en el desempeño de este último cargo sostuvo constantemente enemistad con Eguia. Desde su vuelta de la espedicion fué puesto en prision, en la que permaneció hasta los últimos tiempos de la causa carlista.

Villarreal en tanto atacó á Peñacerrada,

que tal vez pudo haber sido tomada; marchó á la línea de Zubiri, la que embistió con poco acierto, y volvió á situar su cuartel general y sus tropas á la inmediacion de Guevara y vista de Vitoria, quedando en inaccion; pero en inaccion indispensable; pues fuera la mayor locura militar atacar las fuertes líneas enemigas, ó trasladarse al otro lado del Ebro antes de un gran aumento de caballería, asi como no era ni fácil ni prudente de parte de los generales de la reina penetrar en las montañas vascongadas. De este modo la defensiva era la situacion natural á que se reducian frecuentemente ambos ejércitos; pero asi tambien la guerra era interminable, y la destruccion de España cierta. En este tiempo, y por medio de un comandante carlista prisionero, se entablaron algunas relaciones entre Villarreal y el general en gefe enemigo, en las que recíprocamente, y aunque de un modo vago, se dieron á entender los deseos y ventajas de un acomodamiento que pusiese término á la guerra civil; mas el forzoso cambio de general en el ejército contrario, y los acaecimientos políticos de la época cortaron estas negociaciones, habiendo rechazado el general de la reina con firmeza las que por indicacion intrigante de un tal Corpas se le hicieron con ligereza y poca dignidad para que se adhiriese á la causa de Don Cárlos.

En agosto de 1836 tuvieron lugar los importantes sucesos de la Granja; sucesos que alarmaron entonces á una gran parte del partido de la reina; que desunieron á los liberales; que formaron partidarios de Don Cárlos de muchos de los que se llamaban vasallos realistas de Isabel; que hicieron titubear á altas clases al temor de nuevos y mas adelantados acaecimientos, y que tambien influyeron en la política extranjera. Todas las personas de razon de ambos cuarteles creyeron que D. Cárlos y su ministerio se apresurarian á recoger las ventajas de semejante situacion: altas personas le ofrecieron su adhesion; influencias extranjeras desearon conocer sus ideas de gobierno, presentadas en Europa de diversos y estremados modos; prudentes consejeros le insinuaron la favorable ocasion que se presentaba de dirigirse con dignidad á los españoles á fin de manifestarles los trastornos que deberian seguirse del nuevo órden de cosas, y los intereses que iban á ser amenazados, para recordar sus anuncios hechos desde Portugal, y realizados ya entonces, relativos á que, cubierta con el velo de sucesion, lo que se sostenia era una guerra de principios.; y finalmente para mostrarles su clemencia, su bondad y sus ideas templadas, hallándose dispuesto á abrazar á todos, á olvidarlo todo, y á regirlos á todos dulcemen-

te y con las mejoras posibles. Pero en su ignorancia, en su obstinacion, y en medio de las sugestiones del partido estremado nada se pudo conseguir; y cuando no tenia recursos; cuando su ejército pasaba meses y mas meses sin recibir el menor auxilio; cuando no tenia la proteccion descubierta é imponente de potencia alguna en Europa, rehusó con rigor las sumisiones ofrecidas, y exigió que la España entera se arrojase á sus pies, y besase la cuchilla con que la amenazaba. En el Real de D. Cárlos se habló de los sucesos de Madrid, presentándolos como la obra de un angel esterminador bajado del cielo para cortar cabezas masónicas. "Dios, y solo Dios; la generalísima, y solo la generalísima" eran los que andaban en el asunto. Tal era el vértigo que de aquellos hombres se apoderaba, que con necio é impotente despego dieron á entender, á quien mucho convenia satisfacer, que Don Cárlos, rey por derecho divino, no debia esplicaciones de su conducta y gobierno ni á propios ni á estraños, al mismo tiempo que por medio de un decreto pésimamente redactado se mandaba hacer rogativas públicas para desagravio del Santísimo Sacramento, y esterminio de los infieles, con funciones de gracias á la generalísima la virgen de los Dolores. Este fué el grande acto político que Don Cárlos creyó digno de las cir-

cunstancias en que se hallaba la nacion en 1836. Desde entonces ya no hubo una persona de alguna inteligencia que dejase de conocer al hombre, por quien tantos otros se sacrificaban; pero el calor de partido y el fuego del entusiasmo existian aun en las masas, y mas particularmente en el ejército, que siempre al frente del enemigo se ocupaba solo de batirse.

En agosto y setiembre salieron nuevas espediciones mandadas por García (Don Basilio) y Sanz, con destino la primera á Castilla, de donde volvió prontamente, y á Astúrias la segunda. No hay duda que las espediciones encontraban en lo interior de la Península simpatías y partidarios; pero sin puntos de apoyo, sin base de operaciones, y sin recursos, eran mas bien la destruccion del partido carlista. Algunos pueblos se resolvian á pronunciarse á la llegada de las tropas de Don Cárlos; pero como estas desde luego exigian raciones, calzado, dinero, camisas, caballos, y continuaban su marcha errante; el patriotismo cedia, y como ademas les seguian generalmente fuerzas de la reina, que en el acto castigaban la manifestacion voluntaria de los pueblos, concluian estos por maldecir las espediciones de los carlistas: asi recorrian estas el pais, ocasionando males sin cuento, y disminuyendo de fuerza con los

heridos, los enfermos y los desertores; de modo que cuando eran perseguidas inmediatamente, perecian sin disparar un tiro, y sin dar resultados. Por esto se vió al hombre célebre entre todos los espedicionarios, á Gomez, volver á las provincias sin haber conquistado una pulgada de terreno, no obstante que recorrió toda España, venciendo en repetidos encuentros, penetrando en grandes capitales, y haciendo un número de prisioneros cinco veces mayor que el de las fuerzas de su division.

En noviembre de 1836 atacó impetuosamente Villarreal á Bilbao, y la opinion general es de que probablemente hubiera logrado ventajosos resultados, si luego de abierta la brecha hubiese dispuesto un asalto con inteligencia y arrojo; pero Bilbao era siempre la fatalidad de los carlistas. El Real, ansioso de la presa, voló á Durango, y ya no le fué posible separarse del obgeto de sus deseos; resolvióse nuevamente el sitio con empeño, y dispúsose lo conveniente para su ejecucion, aumentando el tren de batir prodigiosamente organizado con todas las dependencias de artillería por el celo inteligente de oficiales antiguos del arma, á cuyo frente se hallaban los hermanos Montenegros, y dióse principio al ataque dirigido por el conde de Casa-Eguia, á quien se nombró para ello, quedan-

do el general en gefe Villarreal con encargo de protegerle, siendo al principio mas bien el obgeto atraer al enemigo para obligarle en puntos ventajosos á una batalla, que el tomar la plaza. En diciembre regresaron muy mal paradas las espediciones de Gomez y Sanz, y en el mismo estado la mayor parte de las tropas que las perseguian; ambos ejércitos se avistaron luego al frente de la sitiada plaza, y durante mes y medio el éxito de la campaña se disputó con empeño al pie de los muros de la célebre Bilbao. La conducta del ejército de la reina, la muy distinguida de los nacionales de Bilbao, y la del ejército carlista, aunque bajo opuestas banderas, aunque haciendo correr sangre española, fué horrorosa, fué digna del orgullo nacional. Llegó por fin la horrenda noche del 24 de diciembre, y toda la furia de los elementos, y todo el rigor de la mas cruda estacion hicieron mas terrible aun el sangriento combate de españoles contra españoles: un destino irrevocable inspiró el genio del general enemigo; los de los carlistas hicieron toda suerte de desaciertos, y Bilbao se salvó, siendo principal orígen de esta catástrofe una real órden, por la que se mandó atacar al enemigo en oposicion á lo opinado por varios generales. Vencido el ejército de Don Cárlos, su situacion fué estremadamente crítica: hasta

primeros de enero no se logró la reunion de los cuerpos diseminados por el pais: el desaliento se habia introducido en las tropas y en los pueblos: un rumor de traicion circuló entre los que habian creido seguro el triunfo, y el Real aturdido no sabia que resolver. Continuaban entre tanto los frios, los hielos y la nieve cual nunca se habia esperimentado en el pais: los caminos estaban enteramente cerrados, y esta circunstancia, y lo siempre difícil del pais, tal vez libertó á los carlistas de muchos desastres.

Las derrotas eran siempre el anuncio de cambios inevitables en el personal del gobierno y en el mando superior del ejército. En 1.º de enero de 1837 se verificó una nueva organizacion, que condujo al infante Don Sebastian al mando del ejército, quedando nombrado por su secretario militar el brigadier Don Joaquin Elio: encargóse el general Moreno de las funciones de E. M.: un ayudante de cuerpo fué nombrado de real órden secretario de este, y á pocos dias se desplomó el ministerio universal con su colosal personage, sin haber dado durante su larga existencia un solo dia de haber al ejército. El honrado y caballeroso general Cabañas obtuvo el ministerio de la Guerra: el de Hacienda se confirió al intendente Labandero: el de Gracia y Justicia al obispo de Leon, y el de

Estado á Sierra, antiguo oficial de secretaría. El mando superior del ejército llevó consigo un gérmen de desunion que no podia menos de ser funesto en resultados. Don Sebastian y su secretario, ambos jóvenes, fueron un poder que quiso subyugar y menospreciar: Moreno, hombre de años y de preocupaciones, y á quien el Real verdaderamente habia encargado la direccion de las operaciones militares, y que poseido de desconfianza rehusó el secretario que le habia sido nombrado al saber sus relaciones amistosas con Elio. Don Sebastian, con mucho mas talento del que hasta entonces se le habia supuesto, con instruccion á la altura de los tiempos actuales, con estraordinaria afabilidad, distinguiendo á los militares, y desprendido de vanas y ridículas etiquetas, se hizo querer de los que se hallaban á su inmediacion, entre los que trató como á un buen amigo á Villarreal, cobrando al mismo tiempo un vivo afecto hácia Elio, y de este modo logró grangearse el aprecio de los principales gefes del ejército. Moreno, de avanzada edad, desconfiado, de vida oscura, sin actividad, y con los recuerdos de su pasado mando, no tuvo simpatías en las tropas, no obstante de que su influencia en ellas debia ser mas directa: hubo, pues, á la cabeza del ejército dos cuarteles generales. Lo riguroso del in-

vierno impidió toda suerte de operaciones, permaneciendo ambos ejércitos enterrados en nieve hasta que llegó febrero, indicando el principio de la campaña, y la proyectada combinacion de simultáneos movimientos que por Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa debia verificar el ejército de la reina.

El Real seguia invariable en su desacertada conducta: oraciones, novenas y una rígida preparacion para la cuaresma eran sus asíduas ocupaciones: ningun recurso se procuraba al necesitado ejército, al mismo tiempo que el palacio de Don Cárlos y su servidumbre aumentaban mas y mas en supérfluos é irritantes gastos; ningunas relaciones de importancia cierta se adquirian en los gobiernos esteriores, y con imbécil altanería se rechazaban consejos é intervenciones de amigos. Cuantos extranjeros llegaban á las provincias se admiraban al ver la constancia increible de las tropas, y el sufrimiento lastimoso de los pueblos, y todos presagiaban funestamente al conocer el carácter y sentimientos de Don Cárlos, de quien ya se osaba decir sus capitales defectos: el mismo Elliot, al paso que fué entusiasta admirador de las tropas carlistas, ya dijo entonces era mas fácil que el Támesis variase de curso, que el que Don Cárlos reinase. Los cortesanos del partido furibundo, al ver la condueta franca

de Don Sebastian, sus relaciones amistosas con los principales generales, y el desprecio con que en algun modo les miraba, murmuraron y osaron pintar al cuartel general hasta lleno de vicios; y á la reunion amistosa de los mas distinguidos generales, durante la estancia de ambos cuarteles en Tolosa, se le dió por los estremados del Real un carácter de criminal sospecha, que ocasionó sensibles disgustos. Las espediciones continuaban siendo un manantial de proyectos, y tambien la causa de imponentes desavenencias: respetables generales las reprobaron, y la esperiencia venia á justificar su opinion; proteger las fuerzas de Cataluña y Aragon, y romper las líneas que cerraban las provincias, era el plan mas acertado, y esto, secundado por medidas políticas, necesario; pero los visionarios de la Córte clamaban con encubierta y maliciosa intencion; no se querian espediciones para eternizar asi la guerra, para dar fin con las provincias, y para evitar el triunfo completo y absoluto de D. Cárlos, que se decia no era querido por algunos, y en lo que se suponia trabajaban los siempre nombrados masones, atribuyendo los malos resultados de las efectuadas espediciones, en unas á los errores de sus gefes, y en otras á la falta de sangre y esterminio, que era su único camino de victoria: asi Guergué habia estado en

desgracia, García (Don Basilio) sumariado, y Gomez con su gefe de E. M., el gefe de brigada Fulgosio, y otros tachados de tolerantes, encerrados con el mas desusado rigor en estrechas prisiones, acriminándoles hasta porque no habian fusilado prisioneros, y encargado de formarles causa el prototipo de la mas refinada y astuta malicia el mariscal de campo Don José Mazarraza, uno de los principales en el partido furibundo, y una de las personas que por esto gozaba el muy particular aprecio de Don Cárlos. Este general, antiguo militar, es natural de las montañas de Santander, y de unos 60 años de edad; tiene talento, pero talento venenoso; era enemigo personal de Eguia, de Villarreal, de Elio, y de todos los gefes jóvenes: su carácter es solapado y malicioso, y su dura alma se encubre en una cara adusta, é inclinada siempre al suelo, y en unos ojos escondidos entre largas y pobladas cejas: insensible, y gozándose en el padecer de las personas y partidos de que era enemigo, sabia encubrir sus malos sentimientos con el velo de la justicia, con el rigor inevitable de las leyes, ó con el celo de la religion y la fidelidad á su rey, justificándose de sus largos procedimientos al abrigo de minuciosas fórmulas, y de impertinentes formalidades con este carácter; cubierto de hipocresía, usando hasta en su

rúbrica de religiosos signos, y viendo en todas partes revolucionarios é impíos, era un continuo tormento para los desgraciados acusados que gemian bajo su horrendo poder, y un digno fiscal de los tiempos mas duros.

Esta desordenada situacion tenia eco en los pueblos que se lamentaban, aunque sin perder su constancia, de una guerra que creian pesaba solo sobre ellos, y de mantener á una porcion de los llamados castellanos no dependientes del ejército, y que creian fácilmente habian ido á satisfacer el hambre á su costa, y bajo el nombre de carlistas, con la miserable racion que se les daba algunas veces entre humillaciones: estos, entre los que habia ciertamente personas distinguidas pertenecientes á muy conocidas familias, ó procedentes de elevados empleos en el reinado de Fernando VII, lloraban su desgraciada situacion, y todo les parecia menos duro que continuar en tan aflictivo estado: las juntas y diputaciones á su vez representaban la dificultad de continuar aprestando recursos, y pidiendo se desahogase el pais; asi de mil diversos modos todo se conmovia; la opinion pública se agitaba, y la exigencia de un gran golpe que decidiese la cuestion de la guerra se hacia general: la guerra era la gangrena que devoraba á los españoles de todos los partidos. En el cuartel de Don Sebastian se

manifestaban Villarreal, Elio y otros cada vez mas enemistados contra Moreno; y éste, aunque aislado, les era superior por sus influencias con Don Cárlos: asi de todas partes se iban robusteciendo la desunion y partidos que en mas adelantados tiempos habian de influir en los destinos de la causa carlista.

A principios de marzo abrió la campaña el ejército de la reina de un modo imponente y favorable: desde Pamplona, Bilbao y San Sebastian cuerpos de ejército numerosos rompieron á la vez un bien combinado movimiento hácia lo interior del pais, y cuando parecia inevitable el golpe decisivo sobre los carlistas, el rigor de la estacion, y la fortuna vinieron á su proteccion; la columna atacante por Navarra, despues de un desastroso campamento, tuvo precisamente que volver pasiva á Pamplona; en Guipúzcoa se sostuvieron con el mas encarnizado empeño sangrientas acciones, que no cesaron desde el 10 al 15, y cuando ya los carlistas se encontraban en muy desventajosa posicion, llegaron rápidamente las fuerzas que en Navarra se habian desembarazado, y se dió el 16 la batalla de Oriamendi, en la que las tropas de Don Cárlos recuperaron sus perdidas posiciones: al dia inmediato el grueso de las fuerzas se dirigió á Vizcaya, donde desvanecido ya el efecto de la premeditada combina-

cion, el cuerpo de ejército avanzado hasta Durango regresó sin pérdida á Bilbao. El mes de abril transcurrió sin batirse; pero durante él fue conducido por mar á San Sebastian el cuerpo de ejército retirado á Bilbao, y á primeros de mayo quedaron ya reunidas fuerzas estraordinarias en la línea de Guipúzcoa; el ejército carlista se agolpó tambien sobre los mismos puntos, y el trabajo de contínuas fortificaciones, la colocacion de artillería, la reunion de todas las tropas disponibles, y la importancia del pais que iba á ser disputado, anunciaban combates los mas sangrientos; la sangre española iba á correr á torrentes derramada por los hijos de una misma patria; mas rápidamente en el silencio de la noche del 10 al 11, con estremado sigilo y sin anteriores prevenciones, rompieron todas las tropas carlistas, que no pertenecian á la division guipuzcoana, un pronto movimiento hácia Navarra, y en diversas direcciones se trasladaron á las márgenes del Arga; á los tres dias el ejército de la reina atacó la línea, y se apoderó de ella con los importantes y fortificados pueblos de Fuenterrabía, Irun, Oyarzun, Hernani y otros, continuando en seguida su ejértito de operaciones hácia Pamplona por medio de una bien dirigida marcha; entonces se hizo ya pública la salida de una numerosa espedicion, en la que ademas de Don Sebastian,

marchaba Don Cárlos con parte de su corte.

El encono de los partidos entre tantos sucesos no cedia, é iba avanzando; por él en estos dias fue puesto en prision el conde de Casa-Eguia de un modo ridículo y humillante á su clase, y sin dignidad por parte de Don Cárlos: con objeto de alejarle de las provincias, al salir la corte carlista se le nombró para una comision al extranjero, previniéndole marchase desde luego; presentóse el conde en el Real en su marcha para la espedicion, haciendo presente que por la escasez absoluta de recursos en que se hallaba, por su inutilidad física, que le hacia conocido en todas partes, y hasta por su poco conocimiento en los idiomas extranjeros le era imposible admitir tan dificil encargo, que desde luego rogaba se encomendase á otro; sus razones quedaron sin contestacion, y por el ministerio de la guerra se dirigió una real órden al gobernador del fuerte de San Gregorio de los Arcos, diciéndole pasaba á ocupar en él una habitacion el teniente general conde de Casa-Eguia, por no haber suficiente local en Estella para alojarse; y al efecto se le dió al conde el correspondiente pase: con este modo indecoroso se puso en prision á un antiguo general mutilado, lleno de servicios para Don Cárlos, y dejándolo á la interpretacion caprichosa de un simple subalterno,

puesto que á este no se le dieron mas instrucciones ni esplicaciones de ninguna especie, ni tampoco al general que quedó mandando en las provincias.

Al pasar el Arga obtuvieron Moreno y sus prosélitos un triunfo sobre Don Sebastian y sus amigos, quitándole á su secretario Elio, al que se mandó quedar en las provincias sin marcarle colocacion alguna, aunque tuvieron la atencion de reemplazarle con el distinguido ayudante de E. M. Arjona.

Don Cárlos atravesó el Arga en la tarde del dia 17 de uniforme, y al ruido de las músicas las tropas enardecidas con la esperanza de inmediatas victorias, con la idea de gloriosos triunfos, y con la importancia de la empresa que comenzaban, formadas á la inmediacion del rio le recibieron con el entusiasmo de los primeros tiempos.

La espedicion se componia de 16 batallones y 9 escuadrones, y bastaba no estar dominado de las ardientes ilusiones de aquel tiempo para temblar por sus resultados; las tropas al agolparse sobre el Arga habian estado dos dias sin racion; no llegaban á dos mil reales el total de fondos disponibles en la intendencia del ejército; la brigada de municiones era sumamente escasa, y en la del calzado no habia existencias; ni una pieza de las destinadas pudo atravesar el rio; D. Cár-

los ni el mismo Moreno habian resuelto definitivamente su direccion, puesto que habiendo habido junta de generales en Abarzazu, rehusó su dictamen, adoptando el que en seguida le dieron el canónigo Sanz, el cura Echevarría y otros: no se contaba con mas apoyo que con el de las abultadas é interesadas relaciones que del estado de las fuerzas carlistas en Cataluña, Aragon y Valencia habian presentado los comisionados llegados á las provincias, y con la esperanza de los pronunciamientos en masa que la presencia de Don Cárlos iba á producir: una numerosa reunion de empleados, algunos de ellos viejos y achacosos, habian recibido la órden de marchar, y seguian al Real; los ministerios iban cargados de papeleras y de embarazos; una porcion cosiderable de gente advenediza y sin destino, á la seguridad de que la espedicion iba á ser una marcha triunfal sobre Madrid, se unieron á ella sin que nadie se lo impidiese; de este modo y con tales elementos se puso en marcha aquella muchedumbre, cual el pueblo de Israel esperando el maná que los habia de sustentar y la nube que los habia de conducir; y sin pensar en los enfermos, en los heridos, en los rezagados y demas bajas que iban á tener; en los recursos, en las municiones, en las subsistencias, y en el calzado que iban á

necesitar; en los rios, en los llanos y en los montes que debian atravesar; en las plazas y en los puntos fortificados que se les iban á oponer, y en las inmensas fuerzas que debian combatir: los desastrosos resultados que á los pocos meses ocurrieron acreditaron lo que se debia esperar, y fueron una de las heridas mortales de que recibió la muerte política Don Cárlos, y que precipitó los rompimientos de las fracciones en que se hallaba dividido su partido. En estos mismos dias, por medio de inteligencias con un habitante, se tomó el punto fortificado de Lerin, llave de la ribera de Navarra, y que por una inconcebible disposicion se mandó abandonar y destruir sus fuertes por los mismos gefes que lo habian adquirido; esto libró de una forzosa detencion al grueso de tropas que se destacó sobre la espedicion, y privó á los carlistas de las grandes ventajas que dicho punto les hubiera proporcionado.

La salida de la grande espedicion volvió á reanimar fuertemente las esperanzas vascongadas; las contínuas noticias que á poco circularon de las ventajas y progreso de las fuerzas carlistas en Cataluña, Aragon, Valencia y la Mancha; la creencia en el prestigio de Don Cárlos, y la seguridad del entusiasmo que su presencia iba á producir, hizo presagiar los mas completos triunfos, y hasta

por los menos crédulos no se dudó ya cuando menos del establecimiento de Don Cárlos, y de lo mas fuerte de la guerra en otras provincias, y hasta los gobiernos extranjeros, protectores de uno ú otro bando, esperaron grandes é inmediatos resultados que debian decidir la suerte de la civil contienda; agentes ingleses se aseguró entonces que se habian dirigido á los gefes guipuzcoanos con proposiciones de estraña naturaleza, y en las que se hablaba hasta de la independencia.

El general Uranga quedó mandando el ejército y pais vasco-navarro, y es ciertamente imposible haber elegido sugeto mas nulo y mas escaso de conocimientos: natural de Alava, de una oscura familia, y de unos 50 años de edad, habia servido contra el ejército constitucional en la época de 1820 á 1823, lo que le proporcionó el empleo de coronel: cuando el pronunciamiento de 1833 tomó parte en él, mas á la entrada de Don Cárlos le destinó Zumalacárregui á su inmediacion como práctico en los caminos, separándole asi del ejército donde su permanencia no era ventajosa; desde entonces habia continuado en el Real tomando puntualmente sus modos y maneras, y perteneciendo al partido estremado: durante su mando en ninguna operacion militar tomó interés, y su principal ocupacion fue recorrer las

provincias con el mismo sistema, con parecidas formalidades, y con iguales descansos en dias de fiesta que el Real; dar audiencias, recibir honores militares, decretar memoriales, y presentarse en público sério y grave, eran sus importantes atenciones; por esto con razon le llamaron unos la sombra de Don Cárlos, y la máscara real otros; y á no haber sido por la incansable actividad de su gefe de E. M. Guergué, nada absolutamente se hubiera hecho durante su mando. A últimos de julio marchó otra espedicion al mando de Zariátegui, que llevó por su segundo á Elio, y que compuesta de 7 batallones y 2 escuadrones se dirigió á las Castillas; la mayor parte del ejército de la reina siguió á los espedicionarios, y en las provincias hasta fines de octubre se gozó de una completa tranquilidad, de sosiego político, y de esperanzas sobre esperanzas, habiéndose hasta celebrado de un modo semi-oficial la entrada de D. Cárlos en Madrid. Con tan buenas nuevas, y aligeradas las cargas públicas, se hallaban los pueblos contentos; Guergué al propio tiempo daba ventajosas acciones; se apoderaba de Peñacerrada y de Peralta; recorria la rica ribera de Navarra; hacia saca de mozos en el pais antes ocupado por el enemigo; desarmaba los valles del Roncal; tomaba y destruia la importantísima línea de Zubiri, que le

hacia dueño de una gran parte de Navarra, y cortaba las comunicaciones de Pamplona con Francia.

Las espediciones empero, á pesar de las noticias lisongeras que circulaban desde sus respectivas salidas, habian seguido muy encontradas fortunas: la de Don Cárlos, despues de los costosos y estériles hechos de Huesca y Barbastro, batida, hambrienta, desmoralizada, y dominando en ella los consejos de eclesiásticos estraños á la ciencia militar, abandonó la Cataluña, y con inesperada suerte atravesó el Ebro buscando refugio y salvacion en las fuerzas y genio de Cabrera; y ocupando en seguida á Cantavieja y sus alrededores por bastantes dias, sin grandes esperanzas, habiendo la faccion amiga de Don Cárlos separado á las personas mas distinguidas, como los marqueses de Villafranca y Monasterio y Conde de Orgaz, que con supuestas comisiones fueron enviados al estranjero: la espedicion desvanecidos los triunfos que esperaba, y llena de increibles privaciones llegó á reunir los desórdenes y la insubordinacion de la que mas, y los desastres y contratiempos de las mas desafortunadas: ¡fuerte pero inútil desengaño para Don Cárlos y sus cortesanos! La inesperada victoria de Villar de los Navarros, y la llegada de un convoy de municiones llevado por

Balmaseda desde las provincias, reanimó el espíritu inestinguible de las tropas, y decidió el movimiento sobre Madrid; tal vez con mayor actividad y con mas acertadas disposiciones se hubiera conseguido algun resultado; pero Moreno pasó inactivo tres dias de una importancia incalculable á la vista de las cúpulas de la capital de las Españas, sin aprovechar el enardecimiento que produjeron en el ejército carlista, ni las forzadísimas marchas que tuvo que hacer el enemigo, y retrocedió cometiendo cada vez nuevos desaciertos, á los que puso cima intentando sorprender á todo el ejército contrario la noche del 18 al 19 de setiembre hallándose reunido este en Alcalá de Henares: semejante hecho tuvo todas las consecuencias que eran de esperar; el general contrario, apreciador del momento, salió sobre él con inapreciable actividad; cerróle de cerca, le arrolló, le persiguió tenazmente, y ya siempre en desorden y arrastrando consigo á Zariátegui, que se hizo unir á Don Cárlos, arrojó á los espedicionarios con contínuas pérdidas al fondo de las provincias vascongadas.

La espedicion de Zariátegui, mientras obró por sí sola, ordenada, abundante y bien dirigida, habia dominado gran parte de las Castillas; habia penetrado en Valladolid, desarmado nacionales, y organizado nuevos cuer-

pos; se le habian unido muchos voluntarios, y no habia hecho derramar mas lágrimas que las que forzosamente ocasionan los desastres de la guerra: Zariátegui y Elio si vencian con las armas, conquistaban siempre con su templada conducta. El desastre final de las espediciones puso en violenta agitacion los encontrados elementos que en ellas se abrigaban; en la de Zariátegui para la organizacion política del pais habia marchado una junta llamada de Castilla, que antes de la salida ofreció recursos, influencias y abundantes auxilios, pero que puesta á prueba nada hizo, y que en su lugar pretendió revestirse de un sumo poder; intervenir en toda especie de negocios; saquear el pais; formar empleados, y llevar por todas partes el terror y la persecucion, creando no pocos embarazos y disgustos al general Zariátegui: en la tal junta figuraban hombres nulos y desconocidos, pero intrigantes y de los que formaba cabeza el P. Huerta, fraile agustino, de talento enredador, de ambicion, de carácter díscolo, y de ideas terroristas; éste, á la incorporacion con Don Cárlos, resentido de no haber visto cumplidas sus violentas pretensiones, y de no haber sido la persona directiva, apoyado en sus influencias, acusó y criticó las operaciones y hechos militares y políticos de Zariátegui y Elio; presentóles siem-

pre de acuerdo, dulces y considerados con los liberales, y señaló la falta de esterminio como la sola causa de no haber logrado mas completos triunfos en Castilla: Zariátegui y Elio fueron ya calificados por el partido estremado como unos ocultos semi-masones, opuestos al triunfo absoluto de Don Cárlos; en relaciones de composicion con la revolucion, y sin querer por esto destruirla de muerte.

En la espedicion de Don Cárlos de otro lado Villarreal, Latorre y otros generales se habian pronunciado fuertemente contra Moreno, de quien ya en público se dijo chocheaba. Moreno irritado despreció la opinion, consejos y auxilio de las principales reputaciones del ejército, y se desprendió de ellos, y hasta de Don Sebastian en tanto grado, que á pesar de continuar este de general en gefe, se movian las tropas sin que él tuviese la menor noticia de ello: en todas partes y en todos ramos no existia el rey que debia dar vida á su partido. A la vista de Madrid conmovidos los partidos, se agolparon todos sobre Don Cárlos, y aun despues de los descalabros de Alcalá le hizo creer Moreno no habia necesidad de retirarse á las provincias, y que podia permanecer en las Castillas, aunque separando á varios generales, particularmente los de la espedicion de Zariátegui,

que decia no habian secundado sus disposiciones, segun les habia mandado, atribuyendo á esto el mal resultado de sus operaciones, esponiendo ademas era necesario relevar los batallones vasco-navarros; y para esto último se dieron todavía órdenes estando á las inmediaciones del Ebro. En este último tiempo Don Sebastian con los generales Villarreal, Elio, Zariátegui, Latorre y el grueso de las tropas pasó el rio, único recurso que le quedaba, perseguido de cerca como se hallaba; dejando á Don Cárlos con Moreno sobre la sierra en grande esposicion, de la que se salvó muy casualmente al verificar su entrada en las provincias, cuando supo lo habian hecho las tropas de Don Sebastian; digeron entonces furiosos los del partido estremado que los generales que habian entrado en las provincias con Don Sebastian lo habian hecho con premeditada intencion para forzar á lo mismo á Don Cárlos, con el fin de desacreditarlo y desanimar al pais, y que tal vez hasta habian querido entregarle á sus enemigos al dejarle abandonado, para poner asi en obra sus secretos planes: estas sospechas se acaloraron en la natural desconfianza de Don Cárlos, y asi como al segundo de su nombre en España le acosaban los intrigantes con espíritus malignos y con maleficios, á este le hablaron de premeditadas trai-

ciones, de adelantadas *transiciones*, y de agentes de la revolucion ya puestos al rededor de su persona, únicas causas que habian, segun ellos, impedido su triunfo y creado los peligros, de que solo habia escapado por la proteccion divina y por el celo de sus buenos servidores: estas ideas, que se avenian bien con su débil carácter, le asustaron, y las admitió crédula y facilmente; los estremados conocieron que ellas los podian conducir al absoluto poder; que ambicionaban con ruina de sus adversarios, y asediaron vigorosos á Don Cárlos presentándosele llenos de amargo sentimiento por la memoria de los riesgos en que se habia visto, admirando el modo milagroso con que de ellos habia salido, y bendiciendo la Providencia que en sus designios admirables presentaba una segura senda para descubrir tanto encubierto enemigo; y como la situacion aflictiva de los negocios reclamaba una pronta organizacion en el gobierno y en el ejército, Don Cárlos lleno de miedo y de debilidades, y siempre conducido por estraños impulsos, se echó gustoso en los brazos de las gentes con quienes tantas simpatías hallaba su corazon.

La desastrosa vuelta de las espediones llevó por do quiera la amargura y la afliccion: en toda la estension de su territorio se lloraba por la muerte, ó la falta de muchos hijos

del pais: en todas partes se temian de nuevo los horrores de la guerra en su mayor encarnizamiento, y en el pueblo y en las tropas sê hallaban entibiadas las gratas esperanzas de recientes tiempos. Don Cárlos ya en Arciniega se habia entregado pública y completamente al partido estremado, y éste, lleno de fuerza, en completa victoria, elevado al poder, firme en no dejárselo arrebatar, y decidido á un triunfo de esterminio sobre sus odiados contrarios, empezó la ejecucion de sus proyectos, haciendo toda suerte de esfuerzos para preparar una opinion pública coadyuvadora de sus designios; y para conseguirlo hizo que Don Cárlos dirigiese una proclama al ejército, y otra al pais, en las que se amontonaron tremendas acusaciones sobre el partido opuesto, y en las que se descubrió el sistema de terror y de persecusion que contra él iba á regir; por esto interesados en hacer creer á los infortùnados pueblos y soldados, que la traicion, y solo la traicion habia detenido el triunfo carlista; y cuando columnas inmensas de infantería, con una formidable caballería y artillería, habian en todas partes arrollado á las tropas de Don Cárlos desde Alcalá; y cuando él mismo debia su salvacion á solo las mas inesperadas casualidades, le hizo decir el espíritu de partido. "Vencida y humillada la revolucion,

y próxima á sucumbir á vuestros esfuerzos sobrehumanos, ha puesto sus últimas esperanzas en medios dignos de su perfidia, para prolongar algunos dias mas su sangrienta existencia." Con el fin de preparar los ánimos contra los que se proponian sacrificar, se dijo en la misma proclama. "Por fortuna han sido descubiertos sus proyectos, y yo sabré contrarrestarlos." Y cuando vencido, desacreditado y perdido su prestigio se habia refugiado en las provincias, continuaba diciendo: "Para tomar medidas que puedan poner término á esta lucha de desolacion y de muerte, y para ejecutarlas, he vuelto momentáneamente á estas fieles provincias; pero pronto me vereis, como hoy me veis aquí, en los sitios donde me llaman mis deberes." Consecuentes en su encono á la espedicion de Zariátegui por sus ventajas y sistema, se la acriminó de este modo. "Si la falta de municiones ó la de cooperacion de algun cuerpo os ha obligado á veces á ceder terreno, lo habeis hecho pagar bien caro." A unas tropas sacrificadas en la espedicion de Don Cárlos por el hambre y toda suerte de necesidades; que no habian pisado una sola capital, y apenas alguna poblacion crecida, y que en ninguna parte se habian podido establecer, se tuvo la insolencia de decirles. "Habeis manifestado á la Europa entera, que mis enemi-
5

gos son los enemigos de mis pueblos, cuya lealtad y amor no pueden ser mayores; cuyo afecto á mi persona y entusiasmo por mi justa y sagrada causa han probado la sangrienta venganza de sus opresores." Incansables en preparar mas y mas al ejército y á los pueblos para las escenas de persecucion que meditaban, y de cuya injusticia temblaban ellos mismos, hicieron repetir á Don Cárlos. "Sí, voluntarios, no ha dependido de vosotros ni de mis pueblos el acabar con la usurpacion en este desgraciado pais, teatro de los crímines mas odiosos y de la anarquía que devora á sus habitantes, y acabará por devorarse á sí misma:" y como si aun no fuese bastante se prosiguió. "Causas estrañas, causas conocidas, pero independientes de vosotros, han prolongado las desgracias de la patria; mas estas van á desaparecer para siempre...... La esperiencia ha mostrado la marcha que debe seguirse, y las medidas que voy á adoptar llenarán vuestros deseos, y la esperanza de todos los buenos españoles." Al que no se le habia visto jamás en el campo de batalla; que rara vez se presentaba á las tropas; que nada tiene de soldado, y cuando nadie confiaba en sus disposiciones militares, puesto que hasta el último voluntario sabia que no poseia ninguna, se le hizo concluir su proclama con el napoleónico

párrafo siguiente. "Desde hoy me pongo á vuestra cabeza, y yo mismo os conduciré á la victoria; preparaos, pues, á coger nuevos laureles, sed dignos de vosotros mismos, y contando con la proteccion de la generalísima, redoblad vuestra confianza con el pensamiento de que vuestro general es vuestro rey Carlos." Dada esta proclama á las tropas, y estendida en igual sentido la dirigida á los pueblos, las hicieron circular rápida y prodigiosamente, mandando fuesen leidas los dias de fiesta en la misa mayor; el Real se estableció en Amurrio; numerosos agentes se estendieron por todas partes, repitiendo de mil modos que era orígen de las últimas desgrácias la traicion de personas que Don Cárlos habia ya conocido con el auxilio del cielo, y que iba á separar del ejército; no cesaron de propalar que la guerra se hubiera concluido, y que todo serian dias de dicha, á no haber existido semejantes hombres, vendidos á los masones, á los que habian querido entregar á D. Cárlos; que los tales traidores se sabia aspiraban á una transaccion, para hacer triunfar las ideas irreligiosas, de que secretamente se hallaban poseidos, y porque veian que de otro modo no se podia salvar el partido de la reina, quedando asi preparados para volver á empezar la guerra en ocasion oportuna; que tantos sacrificios y

tanta sangre vertida se habian malogrado por solo estas causas, y que era necesario repetir de nuevo toda clase de esfuerzos, pero con seguridad del triunfo, puesto que ya se habian descubierto los malos que pronto serian castigados.

Un instinto natural de justicia y de verdad, que rara vez deja de existir en las grandes masas, fué causa afortunadamente de que se recibieran con desconfianza, y aun hasta con indignacion unas instigaciones que llevaban por obgeto el logro de sangrientas esciciones, y en las que se queria envolver los nombres y las personas mas dignas é identificadas á costa de mucha sangre y servicios con la causa carlista. El ministerio se organizó de nuevo, quedando Labandero en el ramo de Hacienda, separado del de la Guerra el general Cabañas, y encargado de este interinamente, del de Gracia y Justicia por hallarse en Estella el obispo de Leon, y del de Estado por estar vacante Don José Arias Tejeiro, que de hecho vino á ser el ministro universal, y el alma y direccion del partido dominante. Este memorable personage de la Córte carlista, de unos 37 años de edad, con conocimientos, con energía, de dañada intriga, con buenos modales, y mónstruo de memoria, era oidor en Galicia á la muerte de Fernando VII, y en 1836 se presentó en

las provincias bajo la proteccion de su primo Tejeiro, antiguo ayuda de cámara y encargado del bolsillo secreto de Don Cárlos, sobre quien por su aire de modestia, de religiosidad, de separacion de los negocios, y de igualdad en los sentimientos, tenia grande influencia: Arias Tejeiro, aparentando huir de los empleos, y pidiendo un fusil ó una lanza, logró fácilmente introducirse en palacio, y dotado de un talento poco comun, conoció prontamente su resbaladizo terreno, en el que supo elegir la posicion que tarde ó temprano debia darle ventajosos resultados: esto, su mucha actividad en el trabajo, su fácil lenguaje, las desavenencias en la espedicion, y sus relaciones en el partido estremado, escaso de hombres de valer, lo condujo á la confianza absoluta de Don Cárlos; confianza que supo adquirirse y conservar de un modo prodigioso, y entró á ser su ministro esclusivo, cuyo puesto desempeñó con resolucion, y sostuvo con valentía, firme siempre en su marcha, y del que dificilmente le hubieran arrojado, si la suérte de la guerra no le hubiese sido tan funesta en la inhábil persona á que tuvo que entregarla, ó si Don Cárlos hubiese sido de algun carácter. Labandero, con opinion de honrado intendente en tiempo de Fernando VII, frecuentador de iglesias, amigo de frailes, sin conocimientos de

gobierno, de mas de 60 años de edad, hablando de ateos y de revolucionarios, era una persona insignificante en el gabinete, y aun en su ramo, puesto que no habia hacienda; asi su influencia era nula, y por esto ocupaba el puesto: empleaba el tiempo en crear empleados, y en firmar horas enteras unos dichosos bonos, que no se sabe quien inventó, que él buenamente creia representaban dinero, y que enviaba al extranjero, y en valor de millones por el primero que se le presantaba á la mano. El obispo de Leon, á causa de su edad y de su poca movilidad, habia quedado en las provincias á la salida de la espedicion; consejero de estado en tiempo de Fernando VII, fué separado por sus ideas exaltadas realistas; unas atrevidas representaciones ó cartas que dirigió al ministro de Gracia y Justicia en los últimos momentos de dicho monarca, y su pronta ida á Portugal le dieron reputacion; pero al frente de los negocios apareció siempre el hombre de gobierno mas inútil, y con menos conocimiento del mundo, que es posible hallar, segun mas especialmente lo demostró cuando su ministerio universal en Portugal, del que fué encargado con desdoro de los generales, y empleados allí reunidos, y con trastorno de los primeros negocios carlistas: en dicho reino existieron ya dos partidos irreconciliables,

verdadera imágen de los despues creados en las provincias, que se llamaron del rey ó de la reina, por ser sus respectivas cabezas, y entre los que ya se disputaron los empleos y las influencias; la pertenencia del obispo de Leon al de Don Cárlos, y la revelacion que le hizo de lances de la vida privada de su esposa le dieron despues de la muerte de esta un marcado ascendiente sobre Don Cárlos, que le escribió á Inglaterra en posteriores tiempos, rogándole la ida á las provincias como la de un buen amigo. El general Guergué, como de unos 45 años de edad, natural de Navarra, de una buena familia, casado con una señora acaudalada del mismo pais, de cuya hermana habia sido viudo, á la muerte de Fernando VII, mandaba el regimiento provincial de Logroño, formándosele causa por relaciones con los carlistas de Portugal, y puesto en libertad se presentó en las provincias en 1834: con algun fundamento se le suponia dominado de una viva pasion hácia los intereses, por lo que se referian anécdotas poco favorables acerca de su casamiento, trato á su familia, y épocas de su mando: su genio era duro y áspero; sus modales violentos; las personas que le rodeaban ordinarias; sus conocimientos no bastantes para el mando de un ejército; su valor acreditado; su actividad increible; su físico estremadamente

fuerte, y su ambicion bastante: este general fué el elegido para el mando del ejército con el carácter de su gefe de E. M. para ser tambien el gran preboste, ejecutor de las medidas violentas de la época, y el que por su poca fortuna ó escaso saber en la guerra arruinó el partido que lo habia elevado; este mismo le dió por secretario á un tal Ibañez, oficial de la secretaría de la guerra, y antiguo escribiente de policía; este hombre de unos 34 años, y procedente de una humilde familia, tenia antecedentes poco favorables; su carácter tétrito, sus sombrías facciones, su macilento rostro, sus maneras místicas, su rigorismo, su odio á toda persona decente, y su fanatismo político y religioso le hacian un hombre terrorista; al salir del despacho del general se adivinaba prontamente que en las resoluciones se hallaba comprendida la desgracia ó la prision de alguno al notar en su semblante una sonrisa ligera, ó la animacion de sus escondidos ojos; se hizo de modo que en la secretaría de la guerra quedase de oficial mas antiguo, siguiendo al Real el hermano del general Sanz, navarro de nacimiento, de actividad, de talento, de travesura, y de primera línea en el partido dominante; lo mismo se practicó en todas las demas secretarías, juntas superiores y E. M. del ejército, y de este modo los estremados llegaron á un

grado de poder pocas veces conocido, quedando á mediados de noviembre organizado, dominante, compacto y fuerte el ministerio, compuesto solo de tres personas íntimamente unidas con el gefe superior del ejército, con el mas idéntico plan, con iguales enconos é intereses, y completamente identificados con los afectos del corazon de Don Cárlos. Este inmediato hermano de Fernando VII, de 54 años de edad, y heredero presuntivo del trono durante muchos, fué desde 1820 la representacion y las esperanzas del partido realista mas estremado. El entusiasmo de sus adictos, lo arreglado de su vida, sus buenas costumbres, el órden de su familia é intereses; y las ventajosas anécdotas que de él se referian, hizo se le creyesen las mas elevadas virtudes: un carácter firme, un espíritu recto, y una noble oposicion á las ideas é innovaciones liberales; mas puesto á prueba en la guerra sostenida por sus pretensiones á la corona, y juzgado por su vida y hechos públicos, ha aparecido de escaso talento, con corta instruccion, sin conocimientos políticos y de gobierno, de una irresolucion suma, de una culpable debilidad, y de un ridículo fanatismo religioso. Sus naturales afecciones son hácia las personas de la última clase, ó bajamente aduladoras por lo que en su servidumbre se apegaba á estas, mantenién-

dose siempre indiferente ó disgustado con las de distincion; aun en su deferencia hácia el estado eclesiástico huia del arzobispo de Cuba, del P. Gil, y de otros instruidos ministros del Señor, para unirse al cura Echeverría, ó entregarse totalmente al P. Lárraga y Fr. Domingo, que le llamaban el elegido del Señor, el enviado para la salvacion de la fé, y estirpacion de las heregías y de las revoluciones, con lo que le hacian creer que aunque quedase sin ejército, sin recursos, y á pesar de todos los obstáculos, habia de triunfar, puesto que su causa era la de la religion, y su mision divina. No se le conocen vicios; pero su tan ponderada religiosidad es mas bien una serie de actos de pura rutina: nada de sublime, nada de verdaderamente virtuoso se encuentra en ella; oye misa todos los dias, aunque, como en su espedicion, cueste la vida á unos centenares de hombres; reza y mas reza; frecuenta novenas; ayuna la mayor parte del año; lee la vida del santo del dia; asiste á todos los actos religiosos, y conoce sus formalidades cual el mejor maestro de ceremonias; cree en vulgaridades como el hombre mas comun; llena las mesas y paredes de su cuarto de santas imágenes; reza el rosario en familia; se confiesa en dias determinados de cada mes, y siempre que es dia de ministerio, eligiendo para directores de su con-

ciencia á sacerdotes de desconocida instruccion; y dejaba el mas importante negocio para ocuparse de una estampa religiosa, ó admirar á sus cortesanos con unos cabellos ó huesos de santas que cuidadosamente conservaba; que aseguraba crecian en su poder, y que le decian era esto una visible prueba de la divina proteccion; uno de sus gentiles-hombres llevaba en las marchas gran porcion de imágenes, de crucifijos y de reliquias, que con dos columnas de breviarios le colocaba en una mesa destinada á propósito en su habitacion tan luego como llegaba á las casas en que se alojaba. Con indiferencia oia una gran falta cometida por un elevado funcionario; y al propio tiempo que ninguna medida adoptaba para su castigo, caia en su desgracia, y aprestaba rigor para el atolondrado jóven que hubiera olvidado algunas misas, ó gastado alguna chanza picante: siendo ministro de la guerra el marqués de Valdespina, le dió cuenta de un espediente en que se comprobaba la poca pureza en una gran cantidad de cierto intendente en una espedicion, y solo pudo lograr contestase: "sí, de N. lo creo", y el asunto quedó con esto concluido; y por el mismo tiempo á un benemérito comandante, porque le acusaron de alguna insignificante ligereza, propia de los pocos años, sin justificacion alguna, y á pesar de negarlo,

lo tuvo mas de cuatro meses en un calabozo. Olvidaba el abandono en que se hallaban los principales ramos de su gobierno, y se ocupaba en prohibir las mas inocentes diversiones para sustituirlas con funciones de iglesia; por esto autoridades bajamente aduladoras osaban las mas abusivas medidas: en Estella un alcalde soez, que conocia los gustos de Don Cárlos, se atrevia á detener por la noche, y á decir palabras descompuestas á las señoras, que encontraba en la calle, retirándose á sus casas á una hora regular, previniéndoles debian estarse retiradas en ellas, cuidando de sus familias: en una serenata en que habia una clarísima iluminacion el tal alcalde hacia perseguir á toda suerte de mujeres que salian á pasearse y oir la música, y hasta en las iglesias se atrevia á entrar á separarlas de los hombres con los modales mas groseros; esto le valió gozar de un particular favor, y á esto debió quedar triunfante en una infundada competencia que sostuvo contra el tribunal supremo de Navarra, y la cruz de San Fernando por servicios que le desenterraron del tiempo de la guerra de la Independencia. En nada conocia Don Cárlos los hombres ni los ramos del gobierno, para los que elegia las personas rara y caprichosamente; en Portugal, á la muerte de su hermano, tenia á su inmediacion cinco gene-

rales, un intendente y otros altos empleados no sin reputacion, y nombró al obispo de Leon ministro universal con menosprecio de cuantos allí estaban reunidos: en las provincias, en circunstancias sumamente difíciles, despues de los fusilamientos de Estella, eligió para ministro de la Guerra al inútil duque de Granada, que el mismo dia de su nombramiento, y á las doce de la noche, andaba buscando por las calles con una linterna un oficio, que decia se le habia perdido, y que cuando se dijo se aproximaba Maroto en la puerta del cuarto de Don Cárlos, cuyo picaporte no podia levantar por lo elevado, esclamaba: "con este ministerio he olvidado los santos, y no rezo: digan VV., señores, me matarán á mí." Los estraordinarios sacrificios que se hacian á su causa, y que serán la admiracion de los venideros tiempos, los juzgaba el debido pago de una sagrada deuda, que eran bastante dichosos en cumplir sus vasallos, que creia estaban obligados hasta en conciencia á perecer sin mas objeto que colocarle en el trono; asi la gratitud no la consideraba nunca un deber, y por esto apenas se pueden presentar actos de recompensa salidos espontáneamente de su voluntad: las gracias concedidas á la viuda de Zumalacárregui fueron tardías, y nacidas del impulso de amigos de la familia, y hasta las dispensa-

das á un pobre hombre que en una terrible persecucion y horrorosa noche cargó con él á cuestas, salvándole al través de un monte, del mas inminente peligro que ha sufrido, y á quien los soldados llamaban por esto "el burro del rey" tuvieron lugar despues de mas de dos años y medio, y á las gestiones del interesado: el bravo Reina, lleno de servicios y graves heridas, ni aun pudo casi aclarar los empleos de su distinguidísimo y benemérito hermano Vicente, muerto al pié de un cañon, y uno de los primeros organizadores del ramo de artillería.

Su corazon no se conmueve fácilmente; el anciano general Cabañas, digno de las mayores consideraciones, idólatra de sus hijos, lleno del mas amargo dolor por la muerte de uno de ellos, cuyo horroroso asesinato ignoraba, y por la rigorosa prision del otro, se presentó á Don Cárlos esponiéndole la falta de cumplimiento á las repetidas órdenes por las que se habia mandado la traslacion á otro punto del hijo asesinado, con lo que tal vez se hubiera evitado el crímen, y reclamando la actividad en la causa del otro, á quien ni aun se le habia tomado la primer declaracion, despues de ocho meses de incomunicacion en un calabozo; la fuerza del sentimiento triunfó de las fuerzas físicas del benemérito general, que cayó á los pies de Don Cárlos, y este en

nada se conmovió, y ninguna providencia dictó á tan justas súplicas, siendo asi que la horrenda muerte, ejecutada en un tormento de mas de tres horas, se habia perpetrado en un caserío llamado Soracoiz, poco distante de Estella, donde entonces se hallaba el Real; que se sabia habia sido ejecutada de órden del feroz García, y que públicamente se vieron á los asesinos las prendas del trage que usaba el desgraciado joven Cabañas. Un comandante alavés, porque despues de un dia de penosos sufrimientos, alojó algunos soldados en la casa que ocupaba un palafrenero de la servidumbre de Don Cárlos, no obstante de sus brillantes servicios y de sus honrosas cicatrices, fue puesto en la cárcel pública entre los facinerosos, y solo salió de ella por medio de un indulto. Cuando los últimos momentos de la causa carlista, y al marchar para Francia, supo el asesinato del general Moreno, á quien siempre particularmente habia distinguido, dijo: "no lo estraño, tenia muchos enemigos," y se puso á jugar al tresillo. La generala Fulgosio, cuyos cinco hijos habian pertenecido al ejército carlista desde los primeros tiempos, y de los que dos habian muerto, haciéndolo con heroicidad el Fernando, no consiguió el menor auxilio en su apurada situacion. Las esposas de los generales Eguia, Elio, Gomez, y otros, fueron repetidas veces recibidas por

Don Cárlos del modo mas humillante. Los heridos, los inutilizados, y cuantos acudian á su bondad eran friamente admitidos; y al paso que nada alcanzaban para el socorro de sus necesidades, se daban diez mil reales al pariente de un gentil-hombre para casarse; se vestía con lujo la servidumbre baja; se prodigaban auxilios y abundancia á sus familias, y cuando el ejército gemia en las mas estremadas necesidades, hacia dar miles de reales á las monjas de Balmaseda, Azpeitia, Azcoitia y otros conventos, y gastaba mensualmente de treinta á cuarenta mil reales en mantener colegiales en los jesuitas y niñas en el convento de Vergara. Al ver á altos empleados y otras personas, que habia conocido en la abundancia, llenas de privaciones las mas tremendas, ningun interes las mostraba, y al presenciar los increibles sacrificios que los vascongados hacian de sus hijos, de sus bienes, de sus hogares, de su sustento y de su sangre, apenas les dirigia palabras de dulce gratitud, y aun tal vez oia sin enfado á los que tenian la infame osadía de buscar razones poco honrosas para esplicar su conducta, siendo asi que todos han hecho acciones que compiten con lo mas heróico y admirable. En su espedicion, á pesar de las justas reflexiones de sus generales, habiéndosele antojado oir misa y escribir á la princesa de la Beira, hizo detener la

marcha de las tropas poco antes de una llanura de mas de tres leguas, y esta detencion costó la vida á algunos cientos de valientes, y preparó el golpe de Aranzueque. Habiendo sido gravemente heridos dos brigadieres de caballería, de cuyas resultas murió el uno, al darle cuenta contestó "no han hecho mas que su deber." Si se hiciesen relaciones de sus despachos con los ministros, sorprenderian de un modo estraño: al regreso de la gran espedicion envió al ayudante de E. M. Toledo al extranjero en comision de la mas alta importancia; este celoso y muy inteligente oficial desempeñó con actividad su encargó, y regresó con interesantes contestaciones; presentado en palacio, solo á la segunda ó tercera vez logró ser admitido á la audiencia de Don Cárlos, y cuando creyó que con interes iba á ser preguntado por éste acerca de su cometido, le dirigió solo algunas ridículas preguntas de lo que en el extranjero habia visto, y por mas que Toledo hizo esfuerzos para entrar en cuestion, nada pudo conseguir, diciéndole viese á los ministros. Lo mismo sucedió á otro oficial de E. M. llamado Vial, joven de mucha disposicion, que posteriormente fue enviado solicitando recursos. En los momentos mas apurados, lejos de ocuparse de ellos, salia con cosas que aturdian aun á los mas acostumbrados á ellas. Cuando las

graves desavenencias entre su cuartel y el general, y cuando las circunstancias habian llegado á ser tan críticas, habiendo recibido el correo, entró muy contento en el cuarto de su esposa, diciéndole satisfecho: "María Teresa, tengo muy buenas noticias, la monjita me escribe que dentro de dos meses estaré en Madrid." Despues de su casamiento se abstrajo mas y mas de los negocios, y se ocupaba de su esposa de un modo indigno de su alta Majestad. En los asuntos mas árduos, despues de haber oido á las personas inteligentes, y cuando se le creia adherido á su opinion, consultaba al P. Lárraga, á Fr. Domingo, ó al Sr. Raton, y el parecer de estos triunfaba irrevocablemente sobre todos. Rara vez veia Don Cárlos á las tropas, y cuando lo hacía, era con indiferencia; y como no mostraba distinguido aprecio á los mas acreditados gefes, ni les hablaba, ni les encarecia sus famosos hechos, ni tenia la facilidad de conmover su tan acreditado entusiasmo, ni gustaba vestir de uniforme, hacian mal efecto sus presentaciones. Durante el tiempo que permaneció en Londres, ni una sola conferencia, ni una sola esplicacion tuvo con las elevadas personas cuya influencia podia ser decisiva en su causa, y ni aun se ocupó del sagrado deber de procurar la subsistencia de tanto fiel servidor, que desde Portugal le siguieron, y sufrieron

padecimientos de que es imposible dar una idea. Durante la enfermedad del rey Fernando autorizó y promovió cuantos pasos se dieron á su favor; y cuando adelantados los negocios se le rogó se presentase ya públicamente á seguir la suerte de sus partidarios, pidiendo el gobierno del Estado mientras la dolencia de su augusto hermano, y reclamando la revision de la ley de sucesion, cobardemente lo rehusó, y viendo se aprisionaba á sus mas ardientes servidores, se retiró á Portugal, dejándolos abandonados sin apoyo de ninguna especie, sin recursos pecuniarios y sin proteccion alguna. Despues de la muerte de Fernando VII se le presentaron en Portugal personas que habian tenido conferencias con individuos de influencia en Inglaterra, y por las que se le espuso desaparecerian en gran parte los desvios de esta Potencia si desistia de mostrarse tenaz sostenedor de las pretensiones de Don Miguel, á quien la Gran Bretaña habia resuelto arrancar del trono portugués, y si se mostraba con ideas templadas de gobierno, desmintiendo los estremos intolerantes que se le suponian, con particular desagrado rehusó tan prudentes manifestaciones, y aun calificó de traidores á los fieles servidores que se las dirijian. La Francia le era en aquella época de sentimientos bastante favorables; tal vez el rey de los franceses se es-

presaba considerando á Don Cárlos como un príncipe justo y virtuoso, y recordaba con cariño los vínculos de parentesco que á ambos unen. El reconocimiento de los hechos consumados de Julio, y el no servir de apoyo á las reacciones de los llamados lejitimistas, podia atraerle su completo apoyo; pero el tan mal aconsejado de Don Cárlos se espresó decidida é imprudentemente acerca de la lejitimidad de Luis Felipe, y en su obcecacion, y cuando tantos y tan grandes obstáculos le separaban del trono, habló de Don Miguel, de Enrique V, y de su independencia para gobernar la España, cual pudiera hacerlo un Napoleon, rodeado de poder, de laureles y de gloria, y cual si los destinos de la Europa pendiesen de su omnímoda voluntad; de esta suerte alejó para siempre de su causa á las Potencias en cuya mano estaba su destino, y él mismo fijó las bases y la necesidad del tratado de la cuádruple alianza. Al verificarse su embarque para Inglaterra, ni un recuerdo dirijió á sus fieles servidores, que fueron muchos hundidos en los pontones de Lisboa; y al paso que admitió en el navío á la mas baja servidumbre y en su mesa á varios eclesiásticos, ni aun hizo mencion de los generales que á su servicio se hallaban y estaban en horrendos peligros.

Este es Don Cárlos, este es el príncipe

por quien del modo mas heróico, con la constancia mas inalterable, con la fidelidad mas pura, han estado peleando un año tras otro una porcion resuelta de valientes y desgraciados españoles; que han sacrificado á la causa de Don Cárlos cuanto hay de mas caro y dulce en el mundo; que llegaron á levantarle un trono en el que generosos pusieron por base sus familias, sus bienes, sus fortunas, sus esperanzas y su sangre, y que ahora tienen que callar sus hechos, enmudecer á injustos ataques, sufrir no merecidos dictados, y esconder tal vez sus bien adquiridas cicatrices.

Dominante y sin embarazos el partido estremado empezó resueltamente su carrera de persecucion, dirigiendo sus primeros tiros á las principales reputaciones, aprovechándose del terror y sorpresa del momento, del desastroso resultado de las espediciones, y de algunas conversaciones en que Don Sebastian, Zariátegui, Elio, Villareal y otros habian manifestado las nulidades de D. Cárlos, y lo dificil de concluir la guerra con la fuerza de las armas. El general Zariátegui llevado entre bayonetas fue encerrado con absoluta incomunicacion en un calabozo del fuerte de Arciniega; este gefe, de unos 40 años de edad, natural de Navarra, era subalterno y empleado en la inspeccion general de infantería en los tiempos de Fernando VII; tiene instruc-

cion, particular talento, tino militar, buenos modales, carácter dulce, y personal afable, aunque reservado, y no sin rasgos de diplomática intriga; secretario de Zumalácárregui habia merecido su íntima confianza y la consideracion del ejército, que veia en él uno de sus mejores generales: su espedicion le habia acreditado, y generalmente se creia que á no habérsele forzado á reunirse á la de Don Cárlos, hubieran continuado sus ventajas. El general Elio sabiendo que iba á ser reducido á prision con noble dignidad pasó á presentarse al fiscal encargado de ella, el cual lleno de precauciones y fuerza iba á ejecutarla: este gefe, de unos 36 años de edad, navarro, de una distinguida familia del pais, y de un apellido señalado en la causa realista, era en tiempo de Fernando VII capitan con grado de coronel en la guardia real de infantería, en cuyo cuerpo era apreciado y distinguido de un modo muy especial; á la muerte del rey Fernando pidió su retiro; á poco fué confinado á Alicante, y despues de algunos meses á causa de desgracias de familia volvió á Madrid; á mediados de 1834 pasó á Francia, y desde allí á las provincias, en donde recibió el mando de una brigada navarra; el destino de gefe de E. M. de la division de dicho reino despues, y posteriormente los de gefe de E. M. del ejército

cuando al mando de Villarreal, de gefe de E. M. en la espedicion de Asturias de Sanz, de secretario militar de Don Sebastian, y de segundo de Zariátegui en su espedicion; de una figura distinguida, de muy claro talento, de conocimientos, de un grande y sereno valor, de una tranquilidad inalterable, de una conducta y de unos sentimientos firmes, consigue, aunque con un carácter algo seco, el sincero aprecio de cuantos le tratan ó se hallan á sus órdenes, y la ciega confianza de las tropas; gozaba de una reputacion general en todos sentidos, y era ciertamente de los gefes que mas distinguian el ejército carlista. El valiente y honrado Villarreal fue confinado á Egui, pueblo miserable, encerrado entre nieves la mayor parte del año, y situado en lo mas duro de las montañas inmediatas á Francia, y en el que continuamente entraban pequeñas partidas enemigas, por lo que tuvo que ausentarse. El muy bravo general Latorre, de natural talento, de vivísima imaginacion, de demasiada prontitud, de unos 38 años de edad, natural de Vizcaya, organizador y vida de la division del señorío en épocas desesperadas, y de los primeros en el pronunciamiento de 1833 era oficial de la guardia real de infantería en tiempo de Fernando VII, y á pesar de haber vertido su sangre en el campo de

batalla, y de sus muy distinguidos servicios, fue puesto fuera de actividad en un rincon de Vizcaya. Todos los castillos y fuertes no bastaron á contener los gefes distinguidos é inocentes, puestos en estrechas prisiones, tratados con el mas duro rigor, y sin consideracion alguna á sus enfermedades y heridas adquiridas ó recibidas en cien combates sosteniendo la causa de su rey, en cuyo nombre, con su conocimiento y llenos de fidelidad se les aprisionaba por el ciego encono de un partido oscuro, enemigo de sus servicios y de sus conocimientos: multitud de otros gefes y oficiales con la mayor refinada maldad fueron confinados individualmente en aldeas miserables, y casi desconocidas en lo escabroso de los montes de Navarra, despojándoles hasta de sus caballos propios, previniendo á los alcaldes que los vigilasen, que los prendiesen, si se presentaban en otro punto, ó eran visitados por persona alguna, y que no les diesen mas que una racion, de que muchas veces estos desgraciados carecieron; de este modo, y despues de meses y mas meses de no haber recibido haber alguno, se les condenaba forzosamente á perecer tal vez de necesidad, ó mas bien á que con los esfuerzos hechos para preparar contra ellos la opinion pública, los creyesen los engañados pueblos los traidores de que tanto se les

habia hablado, y los inmolasen á su escitado rencor; pero los honrados vascos en su nobleza nunca bastante conocida, y en su virtud nunca bien apreciada, no respondieron á este infame llamamiento de sangre, y solo el desgraciado jóven brigadier Don José Cabañas fue asesinado por un oficial y cuatro soldados que enviaron los agentes del general García y de su órden, para imprimir un nuevo impulso con este nuevo crímen contra los perseguidos, y que le dieron la mas horrorosa muerte, punzándole con las bayonetas por mas de tres horas, despues de haberle cortado una de las manos. A pesar de tanta instigacion y no obstante tantos y tan estudiados medios para conmover el pais, ni una sola mancha cayó sobre las puras costumbres y el noble carácter vasco-navarro, que rechaza todo acto innoble y cobarde, y que tanto se ha manifestado durante los varios periodos de la guerra; porcion de pueblos han sido destruidos ó saqueados, y en ellos maltratadas las mujeres é incendiados los campos, pues entre tantos desastres y entre tantas desgracias apenas se presentará un ejemplar de que un natural de las provincias haya hecho vileza infame á su enemigo; le haya indignamente engañado, y ni aun dirigido el menor insulto á los prisioneros que en completa seguridad permanecian en los

depósitos. Los pueblos, los batallones, y hasta las casas se llenaron de encubiertos delatores y de infames espías que acusaban las mas inocentes espresiones, ó inventaban calumnias, para pasar plaza de celosos; á la calificacion de transaccionista ó amigo de los transaccionistas se encarcelaba y se perseguia al hombre mas honrado, y á esta acusacion no habia quien no temblase; la rabia y la maldad de un partido estremado y compuesto en lo general de gente oscura, gozándose en la tiranía de su ilimitado poder, marcó como á partidarios de la transaccion á toda persona decente, y de todas partes fueron lanzadas en gran número, particularmente los jóvenes, sobre los que en todos los partidos de España parece pesa un fatal destino que los conduce á sufrir el yugo de los hombres del siglo pasado llenos de venganzas, de rencores, y de intolerantes preocupaciones: asi tuvo lugar un triunfo completo de la última clase de la sociedad, sobre las que siempre le habian sido superiores. En el Real se hizo gala de la ignorancia y de la estupidez; el mismo general Guergué solia decir á Don Cárlos "Nada, señor, los brutos llevaremos á V. M. á Madrid:" y el obispo de Leon ni aun queria generales que supiesen escribir: el estado eclesiástico, y mas particularmente los capellanes de los cuerpos recibieron, órdenes reser-

vadas que les autorizaban á fiscalizar la conducta política y moral de sus gefes, con obligacion de dar partes quincenos y secretos de lo que observasen; pero mas justos y mas templados que el gobierno, muy raros abusaron de este irresistible poder; algunos fiscales, muy especialmente elegidos, se encargaron de las infinitas causas mandadas formar; y ellos amargaban la suerte de los acusados eternizándolas, y no haciendo nada sin dar cuenta al ministerio, y recibir sus mandatos; disposiciones las mas estremadamente intolerantes salian de las principales dependencias del gobierno; el ministerio de la guerra negaba hasta las licencias para contraer matrimonio con mujeres que tuviesen parientes marcados por liberales, y la junta consultiva opinaba que no debia concederse la cruz de San Hermenegildo á los que en el acto de morir Fernando VII no reconocieron y juraron á Don Cárlos por su rey, siendo asi que él mismo se hallaba en pais extranjero en aquel tiempo, y que en España no contaba con un soldado, ni aun con una pulgada de terreno; gracias las mas escesivas se prodigaban á los comprendidos en los acaecimientos de 1827, y á los procedentes de los batallones de voluntarios realistas que recibian tres y mas empleos á la vez; el mas crudo espíritu de faccion dominaba por do

quiera, y era ciertamente horroroso este estado.

Pocas situaciones habrá en la vida tan amargas como la de muchos desgraciados, que habiendo con la heróica resolucion que honra á todos los partidos, y engrie á todos los hombres, abandonado voluntariamente sus bienes, sus comodidades, sus distinguidas familias, sus empleos, sus acreditadas reputaciones, sus lisongeras esperanzas y su tranquilidad por servir á D. Cárlos entre los inminentes riesgos, las increibles privaciones y las estremas penalidades de los montes vasco-navarros, sufrian de él en pago prisiones, destierros, y una persecucion atroz y cruel, sin haberle faltado ni aun de intencion; inútilmente se pedia justicia, pues ninguna resolucion se alcanzaba, ni tampoco habia donde reclamarla, pues todas las autoridades superiores dependian del partido, que habia obtenido el poder sin límites, y el que conseguía llegar hasta D. Cárlos solo recibia el amargo y fatal desengaño de la mas completa indiferencia; á pesar de esto llenos de nobleza y dignidad ninguno de los perseguidos abandonó el suelo de las provincias, siendo asi que nada podia mejorar su desesperada suerte; que la causa carlista se desviaba de su verdadero objeto, y que cada vez se repetian mayores y mas crueles desengaños de los senti-

mientos de D. Cárlos descendido de la alta dignidad de rey, para constituirse bajamente en gefe de partido, con lo que rompió él mismo toda suerte de compromisos hácia su persona, abdicando con su conducta el Trono que sus servidores le habian levantado. En el Real se hicieron sufrir á D. Sebastian lás humillaciones mas irritantes, y ni una sola vez atendió su tio á que por él habia abandonado su rango y riquezas. Desde enero á marzo se enviaron en nuevas espediciones á los sufridos 14 batallones castellanos que á las órdenes de los ineptos Garcia, D. Basilio, Merino y conde de Negri, fueron sacrificados haciendo marchar con ellos á pie unos, y mal montados otros, á la mayor parte de los oficiales llamados castellanos que se quiso asi inmolar. Esta era la suerte de los defensores de Don Cárlos, de este Príncipe que tal vez presentan aun hoy mismo como un modelo de virtudes, y como una víctima Real, esos que echándola de carlistas han estado durante la guerra en sus casas ó en pais extranjero disfrutando comodidades, gozando las garantías del gobierno de la Reina, y viendo con insensibilidad la sangre, que en mil combates vertian los españoles de ambos partidos; que sordos y egoistas no han dispensado el menor auxilio á los defensores de una causa, á que se decian pertenecer; que querian se terminase la

guerra, de cuyas ventajas osaban creerse los dignos acreedores; que ahora mismo ven con fria indiferencia las necesidades que agobian á los desgraciados que han tenido que ir á comer el amargo pan de la emigracion en estrañas tierras, y que á haber triunfado Don Cárlos se hubieran abalanzado á los destinos, y hubieran sido los primeros en derramar la sangre de los vencidos, con quienes habian vivido. Guergué en el entretanto corria y recorria sin cesar toda la estension de la línea, sin plan de ninguna especie, y perdiendo inútilmente sus soldados; tan pronto operaba en el Valle de Mena, como se dirigía á Guipúzcoa; ya atacaba el fuerte de Banderas en Bilbao, como á Nanclares en Alava, como á Viana en Navarra: asi se fué pasando hasta fines de la primavera, en cuya época se encontraba el Real en Estella, cantando á la Vírgen las flores de mayo, y en cuyo mes, y en dicha ciudad se insubordinaron por primera vez algunos batallones navarros pidiendo dinero, y gritando "mueran los ojalateros y la Junta, vivan los paisanos", en cuyo acaecimiento mostró D. Cárlos la mas indecorosa debilidad, y D. Sebastian nobleza y carácter hasta ponerse al frente de un batallon, que se habia formado con gritos sediciosos frente la Casa-palacio de D. Cárlos, y conducirlo á las inmediaciones de Irache, donde lo dejó

campado. El ejército enemigo se disponia para importantes operaciones reconcentrándose sobre Vitoria, y en esta situacion solo recibia el partido carlista satisfacciones con las ventajas de Cabrera en Aragon y Valencia, por las noticias lisonjeras de Cataluña, y con el aumento considerable de fuerzas carlistas, aunque sin órden en la Mancha, Galicia y otros puntos.

La bandera de Muñagorri proclamando paz y fueros apareció en los montes de Guipúzcoa, y como escondida al pie de la frontera francesa, al Ministerio carlista infundióle desde luego pocos temores; Muñagorri, escribano en el pueblo de Verástegui, rodeado de unos cuantos miserables carboneros, formando sus primeras tropas de toda especie de desertores y aun de extranjeros, y sin prestigio alguno no podia facilmente conmover el pais carlista. ¿Cómo pudo calcularse que generales y gefes de reputacion en su bando habian de dejarle bruscamente para acogerse á la bandera Muñagorrista? y no haciéndolo ellos ¿cómo se creyó que los oficiales y soldados habian de abandonar á sus conocidos y queridos gefes, y á una causa fuerte y estendida por gran parte de España, para alistarse en la que aparecia débil y como temerosa, con un pie siempre en territorio extranjero? De otra parte la causa carlista

representaba mas intereses que los de paz y fueros tambien invocados por D. Cárlos, mas de 40 batallones del pais, los colegios militares de artillería é ingenieros, las universidades y otras muchas dependencias habian dado existencia y esperanzas á multitud de gefes, oficiales y otros individuos, y el Trono carlista creando empleados, y dispensando gracias, habia fundado suertes personales adheridas á su triunfo; asi apenas habia familia que no hubiese adquirido un lazo de union para con el gobierno, y la bandera de Muñagorri nada garantizaba, y no pasaba de ser un principio abstracto; ademas el gobierno de la reina no la admitia públicamente; y las potencias de la cuádruple alianza tampoco se pronunciaban acerca de ella. ¿Sobre qué base pues de asegurados resultados se presentaba Muñagorri? asi facilmente se creyó por unos y se hizo creer por otros á las masas que el tal Muñagorri era el agente visible de una estudiada intriga, con la que se queria desunir el partido carlista, demasiado fuerte para continuar atacándolo frente á frente; Muñagorri á poco tiempo olvidado cayó por sí mismo.

En el mismo mayo y con algunos disturbios, llegó á verse en Consejo de oficiales generales la famosa causa de Zariátegui y Elio; sus atrevidas y fundadas defensas llamaron la atencion del pais, y circulando hicieron mas

públicas las intrigas, las tropelías y las injusticias del Ministerio con la inocencia de hechos en los acusados; los defensores fueron puestos en prision por disposicion del presidente, aprobada por el gobierno, sin atender á los muchos servicios de Vargas, que lo era de Elio, y á la grave enfermedad de Madrazo, que lo fue de Zariátegui; y despues de muchos dias de conferencias, se dividieron los votantes segun sus partidos, en muerte, destierro y libertad; y habiendo tenido lugar algun movimiento en las tropas navarras, que pidieron á D. Cárlos su favor para con los acusados generales, fue fusilado prontamente un capitan que se puso al frente, y que ántes habia sido seducido para declarar contra ellos.

Tanta desgracia, tanto sufrimiento y tanta persecucion, hicieron de los que se hallában en este caso un numeroso y fuerte partido, que sin proyectos, sin reuniones, y sin preparadas relaciones fueron unánimes en el ódio á D. Cárlos, á quien se consideró, si triunfaba, como el mayor de los infortunios para la desgraciada España, y asi públicamente se decia por la mayor parte de los generales y altos empleados, que todos deseaban un medio honroso, por el que se les pudiese separar de la causa porque combatian. Los carlistas de buena fé y de razon se horrorizaron al conocimiento del hombre á quien

servian, y de los principios estremados que les queria forzar á sostener; ellos querian el gobierno fuerte y vigoroso, sí de un rey, pero tambien le querian dulce, amante de los pueblos, y que conocedor de sus necesidades, y de los actuales tiempos los hiciese felices; creian conveniente la represion de algunas brillantes teorías, que en la práctica juzgaban difíciles y turbulentas, pero un rey fanático, supersticioso y sangriento, nunca fueron sus votos, jamás pensaron en sacrificar sus vidas y sus bienes para dar á sus familias y amigos no alistados en el partido carlista, un verdugo, á ellos mismos un perseguidor, y á la España entera los tiempos duros y atrasados de un Felipe II y de un Cárlos el doliente: estas ideas no fueron jamás las de los carlistas merecedores de este nombre, no, y mil veces no; el suponer á todos los carlistas queriendo llevar un haz de leña á las hogueras de la inquisicion, es tan injusto, como considerar en todo liberal un partidario de la guillotina ó de la linterna. En el partido carlista habia y en gran número hombres honrados, que sinceramente se consagraron al bien de la patria, que creian se hallaba en la bandera que defendian, y á este bien de la patria qué buscaban, sacrificaron con generosidad sus bienes, sus familias, su sangre y su porvenir, y este sacrificio,

cuando se considera en el campo de la imparcialidad, y cuando es juzgado sin el encono de las pasiones, es grande y es patriótico, aunque los sucesos lo hagan despues desgraciado ó errado; los hombres de bien de todos los partidos son igualmente apreciables, y los que tienen la gloria de hacer la felicidad de su pais, podrán creerse con razon los mas afortunados ó entendidos, pero nunca jactarse de ser solo los buenos. El valiente guipuzcoano Alzaá, gobernando los batallones y los pueblos con un cariño patriarcal, los bravos Iturriaga, Elio, Gomez, Zariátegui con muchos principales generales, que en el extranjero sufren las amarguras de la emigracion; los beneméritos Urbistondo, Latorre, con otros gefes superiores comprendidos en el convenio, todos en distintas ocasiones al espresar sus sentimientos han acreditado que en sus pechos laten corazones españoles; ellos combatian contra otros hijos de la misma patria, pero nunca los odiaron, y su conducta lo acredita; ellos, al defender su bandera política, rechazaban tambien con indignacion la tiranía, y no pedian cadenas para sus cuellos, ni esposas para sus manos, solo fijaban sus miradas y sus deseos en dias aun mas felices que los mejores de un Cárlos III, y de otros justos y benéficos monarcas; estos eran sus sueños dorados, y cada

partido tiene los suyos; respétense pues estos sueños, y créase en su buena fé, puesto que ellos eran los sueños de españoles, que tambien soñaban en la dicha de la España; pero aun hay mas: durante el tiempo de Fernando VII gran número de empleados habia prestado servicios, ó protestado adhesion al gobierno realista, y esto les habia proporcionado recompensas, ó cuando menos hecho dependientes de un determinado partido político, y pareció á varios no deber abrazar el bando opuesto, cuando se presentaba fuerte para combatir al que antes habian pertenecido, que quedaba débil y trabajoso, prefirieron llegar en algun dia á pertenecerle si el bien de la patria, ó las convicciones sucesivas lo exigian, despues de haber acreditado la firmeza con que sabian sostener los principios que una vez adoptaban.

Las últimas clases del pueblo y del ejército, testigos de tantos trastornos, viendo á sus antiguos gefes en duras prisiones, no recibiendo mejoras de ninguna especie, y no dispensando su confianza á los que les mandaban, murmuraban y se quejaban ya abiertamente de Don Cárlos, de sus rezos, de sus oraciones y de su poca disposicion. En este violento estado llegaron en junio las operaciones afortunadas y bien dirigidas del general enemigo sobre Peñacerrada, y la pérdida

de esta importante plaza, y la derrota sufrida al pie de sus muros, y la terrible impresion de desaliento que tales desastres causó al pueblo y á las tropas, anunció el fin del mando de Guergué, y conmovió el poder del ministerio y de su partido, contra quien se pronunció de un modo imponente la irresistible opinion pública.

En este estado de riesgo, de temores, de agitacion, de disgusto y de descrédito de Don Cárlos, fue llamado al Real el general Maroto que se hallaba retirado en Francia; el pueblo y el ejército fijaron en él sus desmayadas esperanzas; el partido que durante tantos meses tanto habia sufrido vió en su persona su salvacion, y los estremados descubrieron un brazo fuerte del que podian descenderle golpes mortales. Don Cárlos cayó como siempre en la posicion habitual á que su debilidad é irresolucion le conducian; los triunfos del ejército de la reina y el temor de otros nuevos le conmovia de un lado; sus afecciones al partido Arias Teijeiro le hacian de otra parte rechazar á todo el que no pertenecia á él, y los órganos del opuesto bando alentados con las desgracias osaban presentarle el estado crítico y espuesto de la campaña, y el descontento del pueblo y del ejército. Don Cárlos entre tan opuestas exigencias estaba, aunque irresoluto, descu-

briendo su sentimiento al entrever podia debilitarse el influjo público de los hombres con quienes tantas simpatías le unian; pero la fuerza é importancia de los acaecimientos triunfó sobre todo, y despues de mil irresoluciones quedó separado Guergué y nombrado Maroto gefe de E. M. del ejército, y pasó inmediatamente á Navarra donde se hallaba el grueso de los cuerpos para encargarse de sus funciones. Es imposible dar á conocer el estado de desórden en que se hallaban los ramos del ejército, ni tampoco el entusiasmo con que en los pueblos y tropas fue recibido este nombramiento: la entrada de Maroto en las poblaciones fue un continuado triunfo, y el espíritu público se reanimó con una fuerza y de un modo inesperado.

Maroto, de unos 52 años de edad, de una figura imponente, de un carácter serio y altivo, de muy pocas palabras, de perspicaz talento, con reputacion de valor, con bienes de fortuna, con voluntad firme, de impetuosa resolucion y con fuertes pasiones, era mariscal de campo en el reinado de Fernando VII; á la muerte de este fue reducido á prision por suponérsele complicado en una conspiracion carlista, y puesto en libertad pasó á Portugal, donde se presentó á Don Cárlos; habiendo conocido desde luego la ineptitud del obispo de Leon y

de los que dirigian los negocios carlistas, se declaró su enemigo uniéndose al partido en que habia mas disposicion y mas conocimiento de la situacion del pais: á la fuga de Don Cárlos marchó á Inglaterra, y desde allí á las provincias, en donde en 1835 mandó con brillantez la division y señorío de Vizcaya, y en cuya época á pesar de la escasez de recursos en que siempre le tuvo Moreno, estrechó fuertemente y cual nunca el bloqueo de Bilbao; en la accion de Arrigorriaga se distinguió muy particularmente, y solo la obstinacion y enemistad de Moreno con Maroto privó á los carlistas de mayores ventajas, y á este de su mando; en tiempos del ministerio universal fue destinado á Cataluña para lograr su dificilísima organizacion, cuyo encargo aceptó solo en el supuesto de cumplírsele los ofrecimientos que de armas y municiones le hicieron; pero que no habiéndose realizado, no obstante sus reiteradas reclamaciones, se decidió á abandonar su puesto, en el que no era dado permanecer, y en el que tal vez estudiadamente se le quiso comprometer durante la actividad del general enemigo Ayerve, y dirigióse á Francia, firme en el propósito de no tomar ya parte activa en la cuestion carlista, y en donde permaneció hasta su llamamiento á las provincias á mediados de 1838.

Desde el nombramiento de Maroto data mas particularmente la pública manifestacion de las dos grandes rivalidades políticas con que debia fenecer el partido carlista, que encontró ya formadas, que habian ya tenazmente combatido, y que durante cinco años habian adquirido vida y poder entre las contínuas divisiones que de tantos y tan complicados modos agitaron siempre los cuarteles real y general.

En la Córte carlista continuó Arias Teijeiro, despues del nombramiento de Maroto, encargado de los mismos ministerios, sosteniendo firme su posicion, y dando á entender que el cambio de gefe en el ejército en nada habia variado, ni variària la política é ideas del gobierno que se hallaba apoyado en las íntimas convicciones de Don Cárlos. En el cuartel general seguia Maroto, sobre quien todos tenian fija la vista, una inteligente y muy bien entendida marcha: de buena fé, dispuesto á servir fielmente á Don Cárlos, observador del partido aun dominante, cuya errada marcha conocia, deseoso de la reconciliacion, y bien seguro de los que hasta entonces habian sido víctimas, que conocia se le unirian precisamente en todo tiempo, no hizo en bastantes dias variacion alguna importante en el personal del ejército; se rodeó á su incorporacion de las personas que habian

cercado á Guergué; las divisiones siguieron mandadas por los mismos generales, y se mostró del todo indiferente con los confinados y presos que continuaron en los puntos en que se hallaban; esto no obstante, todos por sus antecedentes esperaban ó creian adivinar su oposicion al partido Arias Tiejeiro, que suponian ocultaba, segun unos, con prudencia, y segun otros, con encubierta malicia para en tiempo oportuno desplegarla, procurando en el entre tanto el desengaño y convencimiento del ofuscado y débil Don Cárlos: de esta suerte todos los partidos esperaban ó temian, y todos recíprocamente se observaban, previniéndose al ataque unos, y á la defensa otros. Maroto, en posicion dominante é independiente, ocupó el primer mes de su mando, y con recta intencion, en conciliar los ánimos, y en pretender concesiones de rencores que nunca logró de la ferocidad de los estremados, y en mejorar la organizacion del ejército, haciendo renacer en él de un modo vigoroso la disciplina é instruccion, y habiendo tenido la buena suerte de la entrada de unos cuarenta millones de reales, pudo proporcionar varias quincenas y algun vestuario, lo que aumentó prodigiosamente su reputacion.

El estado de las operaciones militares era sumamente crítico y espuesto cual nunca; en

todas las principales provincias donde ardia la guerra civil se preparaba el ejército de la reina y del modo mas imponente, á una importante y decisiva campaña: en Cataluña estaba amenazado Berga; en Valencia se atacaba Morella, y en Navarra se marchaba sobre Estella: el cañon enemigo iba á disparar de un momento á otro en todas partes contra los muros carlistas. Maroto dictaba enérgicas medidas para la fortificacion de las formidables posiciones que rodean á Estella: los montes y las avenidas se cubrian de fosos y parapetos; las tropas se establecian sobre los mismos puntos que debian defender, y todos conocian ya el terreno en que habian de derramar su sangre; los habitantes de la amenazada ciudad y los de los pueblos inmediatos sacaron toda suerte de efectos hácia las famosas Amézcuas, y se les escitó hasta á la quema de sus propias casas si llegaba á verificarse el ataque; con procesiones y públicas rogativas se imploraba la proteccion del cielo, y con contínuas proclamas se llamaba el valor del ejército que se mostraba animoso y resuelto. Maroto se hallaba en todas partes, y recibia lisongeras muestras de la confianza de las tropas y del paisanage, y él no la tenia ya completa de algun general que con fundamento en su espíritu de venganza y de partido, lo creia capaz hasta de faltar á su de-

ber en un dia de accion con obgeto de derribarle de su puesto, y reemplazarle por García ú otro del partido estremado, pues cada vez temia mas esta faccion la justa reaccion de los que tanto habian perseguido, y la pérdida de un poder que á toda costa queria tiránicamente conservar: esto ponia á á Maroto en la situácion mas difícil que puede imaginarse. La fortuna de Cabrera en tan espinosos tiempos vino á hacer desaparecer lo crítico y arriesgado de esta posicion: la bandera de Don Cárlos se alzó victoriosa en Morella, y á esto debieron Berga y Estella no ser atacados.

La desaparicion de los inmediatos riesgos de la campaña abrió mas ancho campo á las intrigas de los partidos; el general Sanz, uno de los mas adheridos á Arias Tiejeiro, solicitó en los dias de mayor peligro licencia para pasar á tomar baños, y Maroto lo separó con este motivo del mando de una division que pedia abandonar en tan críticos momentos. Sanz marchó al Real, y fué el primer enemigo público declarado contra Maroto. Este general, de unos 38 años de edad, natural de Navarra, y de oscura familia, era subalterno de infantería en tiempo de Fernando VII, y fué de los primeros presentados en las provincias: su carácter era violento y voluble; su capacidad poca, aunque vi-

vo; su instruccion ninguna; sus modales y educacion ordinarios; su conducta con algunos lunares; su valor innegable y acreditado, pero no tranquilo por la escitacion de bebidas fuertes; tenia mucha ambicion, bastante ligereza é irreflescion en sus operaciones políticas; gozaba de poco concepto en el ejército, y de un fuerte apoyo en el Real por su hermano oficial de la secretaría de la Guerra, perteneciente al partido estremado, y en donde fué ya recibido con distincion, y oido con gusto y aprobacion. Esta separacion, el reemplazo de algunos de los confinados, á quienes con todos los oficiales sin destino hizo reunir Maroto en un pueblo para enterarse de sus circunstancias, y la ciega obstinacion de los estremados aferrados en no ceder en nada, fué descorriendo el velo que cubria la incertidumbre que hasta entonces se habia notado en su conducta, y anunció inevitables rompimientos. Maroto, ya mas firme en la posicion en que los sucesos y la ceguedad inconcebible del partido furioso le iban forzosamente estableciendo, espuso respetuosamente á Don Cárlos la necesidad de que se hiciese superior á mezquinas pasiones, que fuese rey, y los perjuicios de que se hallase tanto tiempo encargado del ministerio de la Guerra una persona estraña á la carrera, con desdoro y menosprecio de la clase militar, su-

plicándole le reemplazase un acreditado general con quien pudiese entenderse, ó que se le admitiese su renuncia del cargo de gefe de E. M. del ejército. Don Cárlos no resolvió á esta justa demanda, cuya parte principal mostróserle desagradable, aunque indirectamente, y agriándose las contestaciones con Arias Tiejeiro, le manifestó Maroto duramente su repugnancia á mantener con él comunicaciones militares; le reprochó su petulancia en querer dirigir toda suerte de negocios, y le anunció su completo desprecio por cuanto le comunicase acerca de los asuntos correspondientes al ministerio de la Guerra: esto fué ya una pública señal de rompimiento entre ambos cuarteles, y tambien la de contínuos y recíprocos desaires: Maroto proponia con utilidad para importantes mandos á generales de reputacion que no aprobaba el Gobierno, y en que tal vez empleaba con desventaja á otros rechazados por él; esto le irritaba justamente, y su irritacion se transmitia al ejército que veia en ello un continuo obstáculo para dedicarse á las operaciones militares, y en el que ya se hablaba con algun desprecio de Don Cárlos; se referia su ineptitud, y con ágria sátira se decia si con su repugnancia á inteligentes generales pretendia encargar al cura Echeverría del mando de las tropas, y al P. Lárraga y Fr. Do-

mingo de la direccion de la guerra; extranjeros respetables, en nombre de altas potencias; personas inteligentes, y tal vez hasta la misma Córte de Roma, daban á Don Cárlos consejos sanos y acertados, y le reprobaban su conducta; todo era inútil, y nada bastaba á arrancarle del camino de precipicio que se obstinaba ciego en seguir, y que es inconcebible; no hay nada que baste á hacer comprender cómo podia Don Cárlos, allá en su interior, suponer enemigos suyos á los que por su persona y causa habian hecho cuanto costoso sacrificio es posible; que se habian batido con arrojo, y que continuaban haciéndolo con constancia; y al propio tiempo considerar como á sus mejores servidores á hombres advenedizos, desconocidos que nada por él habian perdido, á los que la guerra habia hecho su fortuna, y que muchos de ellos ni aun ideas políticas eran capaces de abrigar: no se concibe cómo le infundian confianza gentes sin instruccion, sin prestigio, sin ideas, de feroz lenguage, y de la última clase, y desdeñaba antiguos generales, altos empleados, individuos de distinguido nacimiento, jóvenes brillantes, y hasta eclesiásticos respetables y entendidos, como el arzobispo de Cuba, el P. Gil y otros: ni un apellido ilustre, ni una persona distinguida, ni apenas un útil servidor dejaban de ser sus víctimas de per-

secucion. Y si queria esterminar á todo el que no habia acudido á su bandera, y si ya declaraba traidores á sus mejores súbditos, ¿sobre quién queria reinar? ¿de quién pensaba servirse? increible parece tamaña ceguedad. Maroto seguia pidiendo en repetidas representaciones ó entrevistas con Don Cárlos, secundado por la opinion pública, la organizacion de un nuevo ministerio, ideas de gobierno, una pronta resolucion en la multitud de causas pendientes, una buena fé de su parte, y que dejase de agitar los partidos, y á nada se accedia en el Real, en el que de un modo público se conocia se deseaba la caida de Maroto aun á costa de reveses militares, la realizacion de violentas venganzas, y el disgusto de Don Cárlos á quien los estremados llenaban de recelos, haciéndole creer la existencia de un partido que pretendia imponerle trabas constitucionales, y coartar el absoluto poder que decian le pertenecia por derecho divino, y en que siempre suponian alistados á los mas distinguidos generales. Guergné osó decir de oficio, hablando del general Urbistondo, tan lleno de increibles servicios carlistas, que rehusaba los premios y los empleos á los realistas para guardarlos á los hijos de la revolucion: de este modo la recíproca desconfianza se establecia en ambos cuarteles. En ninguna proclama se pudo lograr indica-

se D. Cárlos en algun modo el sistema con que se proponia gobernar á los españoles, á los que llamó solo siempre sus hijos: los vascongados en el reconocimiento de sus fueros tenian asegurada su suerte política; mas lo restante de la España carlista ignoraba despues de seis años de guerra las leyes que queria imponerle el rey por quien combatia; estraña y poco estable situacion que influia en las clases pensadoras, nacionales y extranjeras, mucho mas desde que se habian descubierto las ideas y sentimientos personales de D. Cárlos, y en un tiempo en que ya los pueblos no se matan por solo las personas.

Balmaseda, entre estas divisiones y despues de alguna incertidumbre política, vino á aumentar los enemigos declarados de Maroto: este gefe, comandante de escuadron en el reinado de Fernando VII, de poco mas de 40 años, valiente, de figura y fuerzas colosales, indómito, feroz, estremadamente ambicioso, fuerte y violento en toda clase de pasiones, y de reciente y aterradora fortuna en Castilla, fué recibido en el partido estremado con toda la satisfaccion é importancia que se merecia, fundando en él futuras esperanzas; pero que á pesar de todo, supo tener comprimido Maroto, de quien á pocos meses tuvo que huir para evitar la muerte.

De este modo, entre intrigas, y sin ope-

raciones de importancia en ambos ejércitos, si se esceptua una accion en Navarra con ventajas para los carlistas, llegó con el mes de octubre un inesperado acontecimiento que vino á dar nuevos golpes al tan herido prestigio de Don Cárlos. Sin antecedentes de ninguna especie, y cuando nadie podia esperarlo llegó el hijo mayor de Don Cárlos con la princesa de la Beira á las provincias, y publicóse repentinamente el verificado casamiento de esta con Don Cárlos; ni un solo aldeano, ni un solo soldado dejó de preguntar el dinero y ejércitos que traia la nueva reina, y al convencerse de que nada absolutamente debian ni podian esperar mas que nuevas cargas, nuevos gastos, y nuevos embarazos, un grito de indignacion y de irritado despecho sealzó en todas partes: las frases vulgares de "este hombre ha acabado ahora de entontecerse, ¿á que viene este casamiento despues de tantos rezos? ¿por qué no procura mas bien á su hijo un enlace que le proporcione auxilios?" corrian de boca en boca; la gente sensata vió en el casamiento los consejos del confesor, y la complicacion que las desavenencias existentes iban á tomar, y á poco tiempo Don Cárlos hasta estuvo receloso de su hijo por la sospecha que le hicieron concebir de que los ya llamados Marotistas querian formar á su favor un partido

que lo elevase al poder: así á pesar de su edad, deseos y aventajado personal casi nunca lo presentó á las tropas.

El ministro Arias Teigeiro redactó el anuncio oficial del casamiento, en el que tuvo la insolente audacia de decir era semejante enlace "el último golpe que recibia la revolucion ya próxima á sucumbir." El Real progresó en camaristas; una gran parte del dinero recibido se empleó en culpable lujo, en joyas y en adornos; las juntas y diputaciones con el aumento de la real familia tuvieron que arreglar casas en las principales villas con crecidos gastos, y la hubo que obligó á los orgullosos navarros á llevar por jornadas enteras una silla sobre sus cabezas para el brillo de las nuevas habitaciones; asi de todos modos y en todas partes un genio de desorden, de trastorno y de yerros presidia sobre los destinos de Don Cárlos.

Relaciones secretas en el entre tanto se animaban entre los principales gefes del partido estremado, que eran favorecidas en el Real, y que celebraban sus juntas en el sagrado del palacio, cuya servidumbre se hallaba tambien dividida en irreconciliables bandos, y en donde se suponian traiciones y proyectos que el ejército no abrigaba entonces. D. Cárlos en su debilidad temia separar á Maropero deseaba que una sublevacion militar

le arrebatase el mando, y este era el gran secreto del proyecto; semejante situacion hacia imposible ocuparse de la guerra, y Maroto conociendo no habia remedio hacia renuncias que no eran admitidas, y sus contrarios le acusaban entonces de no quererse batir. El general García, el mas audaz y de mas elevada posicion entre los estremados, habia ya roto bastante publicamente con Maroto; se hallaba de comandante general de Navarra, y una victoria que habia conseguido en Legarda le acaloró su exaltada imaginacion; creyóse un grande hombre; recibió aplausos de los que trabajaban en su elevacion; llenóse de orgullo, y mas decididamente apresuró con sus partidarios el golpe que preparaba. Este general de unos 40 años de edad, natural de Navarra, y de humilde orígen, tenia actividad, fisonomía animada, carácter bilioso, mucha disposicion para la guerra de partidario, estraordinario conocimiento del terreno, groseros modales, grande apego á las personas ordinarias, de las que se rodeaba, una fuerte aversion á toda gente decente y de fuera del pais, acreditado valor hasta comandante, era de los primeros en la guerra de las provincias, tuvo épocas de gran prestigio entre las tropas y el pueblo, habia sido bastante afortunado en sus empresas, y era el mas decidido terrorista.

Maroto, sagaz, no podia menos de observar al partido estremado, y estaba en contínuo movimiento; cuando ellos menos lo creían penetraba sus tramas, y guardaba en este asunto el mas profundo y acertado silencio; las tropas le obedecian con ejemplar subordinacion; un respeto profundo le conservaban los pueblos; sus enemigos le temian, y su prestigio dominaba al de sus contrarios. Seguro en estos apoyos, esperaba los acaecimientos con la firmeza que su caracter le presta. Don Cárlos cada vez mas adherido á Arias Teijeiro, oia las súplicas ó consejos de Maroto, que le reveló gran parte de lo que sabia y le predijo los males que iban á ocurrir, sin dar mas que vagas esperanzas, y cuando en público le mostraba alguna complacencia, en secreto, cual un conspirador, animaba y protejia á sus adversarios. Esto era terrible, y esto complicaba dificilmente la situacion de Maroto y de la causa carlista, y esto se iba trasluciendo por varios gefes del ejército, en los que se aumentaba el descontento y el odio al vengativo Real, y se veia ya solo en Don Cárlos, en lugar de un rey con ideas de gobierno y con esperanzas de desengaño, el gefe de un partido obcecado, estúpido y esterminador. Se conocia toda la dificultad de continuar con él la guerra, y de ponerse en relaciones mas íntimas con potencias extranjeras, que aun-

que complacientes, deseaban conocer las bases del sistema que debia crear el triunfo de Don Cárlos, de quien ya públicamente se conocia el esfuerzo con que favorecia las pretensiones del partido estremado, y el deseo de sangre que esta alimentaba. A poco tiempo, en Durango se atrevieron ya varios á decir era necesario separar á Don Cárlos, encerrarlo en un convento, donde podria entregarse á sus rezos, y elevar al poder á su hijo, y en cuya opinion descollaban varios de los que actualmente se hallan en Francia.

Hasta Enero de 1839 solo habia logrado Maroto que el marqués de Valdespina se encargase del ministerio de la Guerra, y que se nombrase oficial mayor de dicha secretaría al honrado y muy apreciable Puente, antiguo oficial de artillería; pero Arias Teigeiro continuaba siendo el director de la marcha del gobierno y de Don Cárlos; asi los ministros estaban tambien desunidos en pugna y en recíproca desconfianza. García y los suyos continuaban ardientes en sus proyectos, que se hallaban próximos á ejecutar, y por la confianza que en su triunfo tenian, por la bastante ligereza de algunos, y por las confidencias que Maroto tenia, sabia éste sus principales gefes, la marcha de los negocios, y hasta las numerosas víctimas que en su primer movimiento tenian señaladas para el sacrificio de

sangre con que por medio del tumulto pretendian celebrar su victoria, y en que figuraban los mas distinguidos generales; la reaccion iba á ser atroz, horrenda; los mas beneméritos carlistas iban á caer ante el puñal de gente indigna, impulsada por el mismo rey á quien se habian sacrificado. Una proclama de García manuscrita, y respirando venganza y esterminio sobre los que nombraban Marotistas, circuló en Navarra, á tiempo que el cuartel general se encontraba en Balmaseda, y en ella se anunciaba la próxima ejecucion del gran golpe de los estremados, y se suponian transacciones que no existian: García habló por sí mismo á várias cuerpos navarros para la sublevacion de los batallones contra Marato, é hizo que algunos ayuntamientos dirigiesen esposiciones al gobierno pidiendo su separacion: no hubo resorte ni pasion que no tentasen poner en movimiento. En este tiempo individuos de la servidumbre y altos personages clamaron por un golpe de resolucion contra tan violento partido y por su seguridad; Maroto, no esperando ya nada del obstinado Don Cárlos, á quien nuevamente acudió rogándole evitase desgracias terribles; viendo ya tan sangrientos proyectos inmediatos á egecucion, y responsable y guardador, no ya solo de su vida y honor, sino tambien de ambas cosas

en el honrado y numeroso partido que de diversos modos á él se habia unido, y que tarde ó temprano debia de ser sacrificado si le abandonaba: conoció no habia tiempo que perder; que la mas ligera detencion iria dando fuerza á los estremados con la enorme ventaja del apoyo de Don Cárlos; que acarrearia espantosos crímenes, que era llegado el terrible y único momento de salvarlo, y aunque con dolor, entendió con elevada firmeza la necesidad de que cayera en los estremados un golpe tremendo y de muerte, que estinguiendo hasta el fondo de sus esperanzas, undiese su tiranía, y salvase entonces la causa de Don Cárlos. Resolvióse, pues, á tan atrevida é indispensable empresa con temeraria valentía, y marchó por Guipúzcoa á Navarra: con secreto, con prontitud y con energía dispuso y se ejecutó la prision de los generales, Sanz, Guergué y García, la del brigadier Carmona, la del intendente Uriz, y la del oficial de la secretaría de la Guerra Ibañez, principales gefes y directores de la proyectada reaccion: reuniólos en Estella y el 19 de febrero tuvo el increible arrojo, de que muy pocos pueden conocer la fuerza, de fusilarlos por tropas navarras, sin mas guarnicion que navarros, siendo todos menos Ibañez navarros, perteneciendo todos al primitivo pronunciamiento, en la ciu-

dad principal de la Navarra poseida por Don Cárlos, y permaneciendo solo y sin apoyo alguno en su casa alojamiento de Estella. Ejecutado este acto de sangre dió conocimiento de él al ejército y al pueblo en dos distintas proclamas, y á Don Cárlos en términos résueltos, y púsose en marcha para el Real á hacer desaparecer para siempre á Arias Teigeiro y sus partidarios. La noticia de los fusilamientos causó en la córte carlista la mas profunda y variada impresion; unos quedaron cobardemente aterrados, otros se exaltaron y rodearon el palacio sin proponer medida alguna, muchos la celebraron, y Don Cárlos siempre el mismo, se manifestó decidido á una humillante fuga á un punto fortificado: Arias Teigeiro se mantuvo solo firme, y lanzándose al campo de los sucesos quiso probar todavía su fortuna y lo que podia el nombre y poder de Don Cárlos. Con fecha 21 de febrero hizo firmar á Don Cárlos un decreto declarando traidor á Maroto, quitándole el mando del ejército, privándole de sus empleos y condecoraciones, y condenándole al rigor de las leyes militares; se separó á Valdespina del ministerio de la Guerra, y reemplazóle interinamente el duque de Granada; al general Villarreal se le dió el mando de las tropas que no se hallaban á las inmediaciones de Maroto, y se llamó al Real

á otros generales, hasta entonces en desgracia, tratando asi hábilmente Arias Teigeiro de debilitar á Maroto, y formar una coaligacion de todos los partidos contra él, á quien designó como enemigo comun; por medio de guardias de honor de caballería se dirigieron reales órdenes á varios gefes de los cuerpos que se hallaban con Maroto, noticiándoles la separacion de éste del mando del ejército, el nombramiento para él de nuevos generales, y la confianza que Don Cárlos ponia en que ellos al recibir sus soberanos mandatos serian los primeros en dejar de obedecer á Maroto y declararse contra sus actos: el decreto fué en lo general recibido con indignacion, y solo en Estella hubo algunas demostraciones hechas por los amigos y parientes de los fusilados que desenterraron sus cadáveres; Villatreal á penas se unió á las tropas, los gefes de los cuerpos á quienes se habian dirigido las órdenes no las obedecieron, y Maroto en Irurzun con dignidad enteró públicamente á todos de cuanto ocurria, y díjoles podian obrar segun creyesen justo y conveniente: los gefes contestaron asegurándole de la ciega obediencia de las tropas que le dieron repetidos vivas, y por todos se gritó "al Real:" con estas seguridades continuó Maroto su marcha con las tropas hácia Tolosa, en cuyo punto para opo-

nérsele se habian reunido por disposicion de Don Cárlos algunas fuerzas guipuzcanas á las órdenes del general Urbistondo. Este gefe, de 39 años de edad, natural de Guipúzcoa, de la conocida familia de los Eguias, era teniente coronel de un regimiento de infantería en los tiempos de Fernando VII; tiene interesante figura, claro talento, genio organizador, mucha inteligencia en lo interior de la infantería, y entusiasmo por la carrera militar; presentóse en Portugal á Don Cárlos, y cuando la salida de éste de dicho reino pasó Urbistondo á Inglaterra, desde donde y despues de trabajosas aventuras fue enviado á las provincias en 1835 con 26 escogidos gefes y oficiales, con los que fue preso en las costas de Cantabria, y despues de mil vicisitudes, confinado con ellos á Puerto-Rico, de donde la mayor parte lograron fugarse y llegar á las provincias en 1836. A la marcha de Elio á la espedicion de Asturias fue nombrado gefe de E. M. del ejército, y despues organizador y comandante general de la division castellana: cuando la espedicion de D. Cárlos quedó mandando en Cataluña, en donde logró muy señaladas ventajas, pero que no fueron recompensadas por no ir acompañadas de sangre y de terror; esto y las violencias del partido estremado de la junta de Cataluña le obligaron á salir del principa-

do, y trasladarse á las provincias a principios de 1838, desde cuya época estuvo en desgracia con Don Cárlos.

Llegado Maroto á las inmediaciones de Tolosa, y despues de algunas esplicaciones que acreditaron la identidad de opiniones de Urbistondo, que logró templar en algo los ánimos, continuó su marcha á dicha villa; esto, y la llegada del conde de Negri, segundo gefe de Maroto, al Real, situado en Villafranca de Guipúzcoa, para decir continuaba su marcha á él, concluyó con todas las esperanzas de Arias Teijeiro, que recurrió con sus partidarios á una precipitada fuga, y Don Cárlos á la publicacion, con fecha 24 de febrero, de un nuevo decreto declarando á Maroto buen y fiel servidor; rehabilitándole en su destino; aprobando sus actos, y mostrándose satisfecho de su conducta. De esta manera el obcecado y débil príncipe se hundió para siempre, quedó indigno del trono, no supo hacer mas que rateras intrigas, y repetir vergonzosamente en el rincon de su cuarto el "estoy forzado" ya tan conocido en España. Presentóse Maroto en el Real, y sumiso y complaciente con Don Cárlos, y persuadido bastaba separarle los que tan mal le habian aconsejado, accediendo á sus deseos se decidió el destierro de las personas mas marcadas en el partido de Arias Teijeiro y de las que los navar-

ros pedian la muerte, puesto que eran la mayor parte de fuera del pais, y que se habia fusilado á sus paisanos sin oposicion de su parte. Urbistondo se encargó de su conduccion hasta la frontera fancesa; organizóse un nuevo ministerio; Elio y Zariátegui fueron puestos en libertad, y el primero nombrado comandante general de Navarra. Urbistondo se encargó del mando de la division castellana, Gomez y sus compañeros salieron de sus prisiones, desocupáronse los calabozos, y el partido tan tenazmente perseguido, quedó dominante en el poder, mas no en el corazon de Don Cárlos. Maroto recorrió las provincias, y fue en todas partes recibido con vivas y con demostraciones de júbilo, particularmente de los generales presos, de los que alguno, al saber el primer decreto de Don Cárlos, habia dejado la prision. La opinion pública adelantó mucho contra Don Cárlos, y se confió en Maroto llena de gratas esperanzas: los generales y las juntas le ofrecieron su apoyo, y aun hubo de los que ahora se hallan en Francia, de muy adelantadas exijencias, y el ejército, ese ejército admirable en su constancia, se presentó resuelto á cuantos sacrificios se le exijiesen, y deseó combatir.

La guerra, como de sucesion, no obstante, por las repetidas faltas de Don Cárlos, quedó gravemente herida, y á poco tiempo, al ver

su obstinacion, un afecto vago, confuso y no bien pronunciado hácia la paz empezó á nacer entre los hombres de valer y entre los propietarios. La guerra fue ya solo ciegamente apetecida de los que habiendo salido de la última clase de la sociedad recibian con ella goces, consideraciones y categoría, y de aquellos que se batian por palabras de las que no conocian la fuerza ni el significado. Se deseó concluir una guerra cuyos costosos sacrificios no merecia Don Cárlos, cuyo feliz término no podia encontrarse en él, y cuyos principios políticos se habian forzado. Su persona, en otros tiempos tan querida, se fue desprendiendo del comun de la causa, y entre los vascongados, naturalmente y á fuerza de desengaños se simplificó esta, sobreponiéndose en ella el interés de su suerte futura, determinada en sus venerandos y tan bien entendidos fueros. Los castellanos, en general, no rechazaron estos nuevos sentimientos, pues destruidas las ilusiones de Don Cárlos, creyéndole una calamidad como rey, odiándole bastantes y sin haber este unido nunca á su bandera ninguna clase de ideas políticas que diesen un nuevo y verdadero interés á la guerra de sucesion, ni aun sabian ya por qué combatian, y peleaban muchos para que Don Cárlos los sacrificase despues de haber vencido. De otra parte, en este caos político deseaban y se les

hizo casi entrever un punto en que casi todos los españoles podian reunirse, haciendo algunas concesiones, y formando una sola opinion para la felicidad de la ya tan trabajada patria; concluyendo asi una lucha de desolacion y de estrago, para la que si bien conocian tener mas que bastantes fuerzas para sostenerla con empeño por muchos años, no les animaba el entusiasmo á falta de un hombre para el trono y de unos principios de gobierno. Este espontáneo y noble sentimiento generoso en su orígen, eminentemente patriótico y grande en sus efectos, nació entre los gefes influyentes en el partido carlista, inclusos los que se hallan ahora en el extranjero, y nunca fue el resultado indigno de las necesidades, del desaliento ó del cansancio de la pelea; semejante debilidad nunca tuvo entrada en los pechos carlistas, y es justo, es debido tributar este homenage á un partido que ya no existe. Ni una sola vez se notó en ellos el sentimiento de sus padecimientos, el temor de los peligros, ni la cobardía ante los futuros sucesos. Los carlistas de las provincias conocian todos sus grandes recursos, veian bien su posicion, dominando parte considerable de la Península, y comprendian todo el vigor con que podian sostener la guerra, aun haciendo desaparecer á Don Cárlos de la arena política, y alzando al poder á su hijo; comprendian tambien las

desventajas personales que tarde ó temprano se les seguirian dejando las armas; mas con dolor descubrieron los males que sin causa y sin objeto iban á derramar todavia sobre la ya tan desgraciada patria, y sintieron generosos los deseos de una paz que hiciese cesar los infortunios de la España, cuya felicidad no podian ya darle: los generales Elio, Zariátegui, Villarreal, Eguia y cuantos habia en las provincias no pertenecientes á los estremados; las juntas y diputaciones en gran parte, y el pueblo y el ejército en lo general, participaron con mas ó menos fuerza de estos sentimentos, y los espresaron públicamente; pero muchos carecieron de la energía que lo difícil de las circunstancias reclamaba; en tales casos los sucesos marchan casi siempre con mas velocidad que los hombres, y estos en lugar de dirigirlos son arrebatados por ellos; á pesar de todo el espíritu público estaba vigoroso; deseaba hechos de armas, y el ejército se mostraba animoso, valiente y confiado: la guerra, si Don Cárlos se hubiese presentado de buena fé, hubiera podido seguir con vigor; ni un solo cuerpo rehusó derramar su sangre: ¡esto es admirable! Maroto con conocimiento comprendió todas las necesidades y la fuerza de las circunstancias, difíciles ya de contener; conoció las dificultades de consultar muchos pareceres,

y la imposibilidad de esperar nada de Don Cárlos; tuvo presentes los elementos muy heterogéneos de que en lo general se componian los ejércitos carlistas de Cataluña, Aragon y Valencia; vió el riesgo de complicar ante las masas causas tan delicadas; calculó todos los intereses personales, y entendió la prudencia y el sigilo que era necesario en tal asunto, y á la vista de Don Cárlos en acecho siempre de sus operaciones, de las que podia sacar un gran partido en el calor de las pasiones, y en un tiempo en que no era dable prever fijos resultados: entre tan encontrados elementos, y en esta dificilísima posicion, con acierto, y haciendo uso de lo irresistible que á todos era su voluntad, tuvo la audacia de tomar sobre sí lo mas difícil de la empresa, y tentó pasos, y recibió contestaciones, y tuvo conferencias que fueron los primeros hechos ya decididos para llegar á un acomodamiento que diese fin á la guerra: en este tiempo fué cuando por medio de un paisano de Bargota y algun otro mediaron entre ambos generales comunicaciones muy reservadas que se sostuvieron despues á pretesto de reclamaciones sobre prisioneros y represalias: en estas primeras negociaciones ambos generales, sirviendo debidamente á sus respectivos partidos, tuvieron pretensiones que recíprocamente no podian admitir, y

que suspendieron el acomodamiento, en el que el general del ejército de la reina debia quedar naturalmente siempre en mejor posicion, puesto que podia entenderse con su gobierno, lo que no era dado en modo alguno al carlista: este siguió procurándose otros medios, y existian probablemente en su poder documentos nacionales y extranjeros que solo á él le es permitido publicar; que tal vez no dependen de su voluntad, y para lo que puede no sea aun el tiempo. Despues de los sucesos de Ramales, en los que se inutilizó la artillería, y en los que Maroto cometió el error político y militar de no hacer la defensa que permitian las posiciones y el ardor de las tropas, y en la que el enemigo pudo haber sido contenido, y logró importantes ventajas; (persuadido Maroto de que asi Don Cárlos entraria en las negociaciones) dejóse traslucir ya bastante positivamente la posibilidad de un acomodamiento, y por la opinion pública fué bien recibida esta esperanza, y las bases que entonces aun circularon; gefes de alta situacion se manifestaron irresolutos, y no acudieron ni al desvirtuado trono, ni á los pueblos vascongados, ni á la causa en general, aunque todos estos obgetos reclamaban entonces poderosamente su apoyo. Maroto hizo nuevas gestiones al general en gefe del ejército de la reina mas ó

menos directas, y dirigióse á la Francia é Inglaterra á fin de que interpusiesen sus buenos oficios para la abertura de las negociaciones, indicándoles Maroto las condiciones que desde luego proponia para hacer la paz, y en las que como mas principales aparecian el casamiento de la reina con un hijo de Don Cárlos, el señalamiento á esta de una pension en el extranjero, la conservacion de los fueros vascongados, la convocacion de unas córtes constituyentes para fijar la definitiva constitucion del estado, suspension de hostilidades, completa amnistía, y reconocimiento de empleos: este paso envolvia ideas grandes que podian dar resultados inmensos: el partido liberal habia formado su constitucion en el estado agitado de una enconada guerra civil; dos grandes fracciones dividian su creencia política, y la esperiencia podia haberles enseñado algo, por lo que parecia conveniente apelar á la nacion; al propio tiempo varias potencias tenian interrumpidas sus relaciones con la España, mas bien por las cosas que por las personas, y el inesperado acaecimiento de deponer las armas los dos grandes y radicales partidos realista y liberal podia servir para medidas de alta política, y por esto, y á esta invitacion á todas las fracciones políticas hecha por el partido carlista, y anunciada por las dos potencias poderosas de la cuá-

druple alianza, se podia contestase el poder militar tan influyente en los sucesos españoles, el Gobierno, compuesto de ministros que se decia de determinada bandera, y las Córtes cuya mayoría aparecia pertenecer á otra. El gobierno inglés se manifestó poco favorable á estas proposiciones que juzgó desaprobables en la mayor parte, no verificándose así con respecto á la Francia, que hizo entrever la esperanza fundada de algun apoyo con prudentes modificaciones, y el general en gefe del ejército de la reina se opuso con arreglo á sus instrucciones á la mayor parte de lo propuesto, siendo su opinion muy conforme á lo que despues se pactó. El ejército y los pueblos recibian con satisfaccion lo poco que en el particular llegaba á traslucirse, y Maroto en mas adelantados tiempos hizo manifestacion de ello á Don Cárlos, probándole, segun se dijo, que entabladas negociaciones, era indispensable, para presentarse fuertes y compactos, que él mismo se pusiera al frente, valiéndose para ello con dignidad de los comisionados extranjeros que de incógnito seguian al Real, y salvando así á sus hijos, cuyos nombres, unidos á otro inocente, no recordarian amargos rencores; pero la mas ciega desaprobacion á toda especie de acomodamientos fué su espresa voluntad, seguro de que la generalísima lo habia de conducir

triunfante y absoluto á Madrid: algunos propusieron conducir á Don Cárlos á la frontera, y Maroto, en una entrevista con su hijo, le rogó salvase la causa, poniéndose al frente del ejército: el jóven príncipe rehusó un paso que las circunstancias justificaban; estos proyectos eran muy naturales en los intereses carlistas.

En junio los desterrados colocados en la frontera francesa dirigieron incendiarias proclamas á los pueblos y á las tropas con secreto conocimiento de Don Cárlos, que les dió órdenes para ello, y de este modo lograron se les uniese el 5.º batallon de Navarra y algunas compañías del 3.º (el requeté), poniéndose á su frente el cura Echeverría y el general García (Don Basilio); ambiciones personales tal vez, de quien debia á Maroto probablemente la vida, fueron causa de que no se evitára este movimiento, fácil de haberse impedido, y que Elio en cuanto pudo procuró impedir. Echeverría, cuando el pronunciamento de las provincias, era cura de los Arcos en Navarra, de cuyo reino es natural; perteneció á su junta, tenia grandes relaciones en el pais, y fué de los amigos de Zumalacárregui, de unos 45 años de edad, encarnado, alto, fresco y grueso; parecia el vivo representante de las comodidades y goces del Real; era el agente de los navarros;

tuteaba con superioridad á todos sus gefes, y de primera línea siempre en todas las intrigas y planes de los estremados les era muy útil por su fija permanencia en la Córte carlista, y continua aproximacion á Don Cárlos; olvidaba mas los rígidos y austeros deberes de su estado, que las satisfacciones y goces mundanos. García (Don Basilio) era administrador de bulas en Logroño en tiempo de Fernando VII; y habiéndose puesto al frente de algunas fuerzas á la muerte de dicho monarca, fué prontamente destruido; es de unos 50 años de edad, de ningun conocimiento militar, de poco valor, y sin las cualidades de energía indispensables á un partidario: cubierto de religiosa hipocresía envolvia vicios y dureza de alma; en el ejército tuvo pocos mandos, y fué encargado de dos espediciones, en las que con fundamento se cree se enriqueció. Maroto desde entonces tuvo que tener tambien fija su vista sobre un estremo de Navarra, foco pronunciado de la reaccion, y esto complicaba grandemente su posicion: Arias Teijeiro por otro lado, cumpliendo las poco dignas instrucciones de Don Cárlos, y aun antes de tratarse de convenios, habia pasado á avistarse con el conde de España y Cabrera para darles á conocer el estado de opresion en que se hallaba, y su anticipada desaprobacion á los actos de su ministerio, y

á cuanto en las provincias ocurria; la interceptacion de las cartas que dirigia al Real reveló sus pasos; quejósele fuertemente Maroto y los ministros, y publicóse una real órden, declarando á Arias Teijeiro criminal, y reprobando sus actos; pero esto ninguna fuerza tenia.

El ejército de la reina en este tiempo quemó algunos pueblos, é incendió multitud de mieses; pero estas medidas de rigor, lejos de abatir á los vascongados, los exasperaba, y la guerra, de haberse proseguido, hubiera renovado sus mas horrorosos tiempos. Maroto en tanto se veia en situacion bien desagradable, sumamente dificil, y tenia cada vez mas sagrados deberes que cumplir hácia un partido honrado, que veia sobre su cabeza levantada siempre la cuchilla del partido estremado, ansioso de crueles venganzas. ¿Si Maroto hubiera cobarde abandonado el puesto, qué hubiera sido de la vida de Eguia, Villarreal, Elio, Zariátegui, Gomez, Urbistondo, Latorre, los Montenegros, y tantos otros beneméritos gefes y oficiales, ya comprendidos en el convenio, ya emigrados en el extranjero? Actualmente, á pesar de haberle seguido, los considera Don Cárlos como á unos masones, merecedores de la muerte que les daria si recobrase el poder. La posicion de Maroto fue de las menos comunes que puede

ofrecer la historia de los partidos, y que el encono de las pasiones juzga con injusticia; los partidarios acalorados de la reina olvidan los apuros estremos y las dificultades con que luchaban para continuar la guerra, y se les presenta la victoria ahora facil y segura, cuando no pudieron conseguirla á pesar de haber buscado el apoyo de numerosas fuerzas extranjeras, y los carlistas poco reflexivos, ya no recuerdan á Don Cárlos con su gobierno y sus desórdenes, y al no verse con los goces de vencedores, renuevan las halagueñas esperanzas de otros tiempos; muchos asi desconocen lo grandioso, lo útil y lo indispensable del convenio, que fue sancionado y bendecido por los pueblos llenos de alegría y gratitud.

Don Cárlos con pretesto de sosegar las turbulencias de la frontera pasó á ella, y en su lugar tuvo una larga conferencia con el cura Echeverría; al propio tiempo en Guipúzcoa con el bravo Iturriaga, que era de los mas decididos contra Don Cárlos, se juntaron los gefes, y depusieron al E. M. de la division y sus ayudantes, por suponerles relaciones con Don Cárlos. En Navarra hervian las intrigas, y los agentes del partido estremado, que ya traslucian los proyectos de paz, se esforzaban por introducirse en los cuerpos y en los pueblos, y los deseosos de ella al

propio tiempo clamaban por la suspension de las operaciones militares; los tratos entre ambos generales seguian, y Lord Jon-Hay se presentó en el campo carlista.

Maroto con la vista fija en todas partes no se desconcertaba, á pesar de tan complicadas, tan espuestas y tan espinosas circunstancias; todas las pasiones, todos los intereses, todos los partidos, todos los temores, todas las esperanzas, todos los rencores, todo se hallaba terriblemente agitado, y todo hervia, y todo se conmovia en derredor suyo. A pesar de esto y de haberse concluido hacia algunos meses los recursos numerarios, la mas rígida disciplina y la mas estrecha subordinacion reinaba en las tropas, y á todo se hallaban dispuestas: la presencia del general les imponia, y la generalidad de los gefes le habian sinceramente ofrecido su apoyo.

Maroto, tal vez con demasiada reserva, continuaba silencioso acerca de sus negociaciones con el general enemigo, que todos suponian ya entabladas, y de las que si no tenian conocimiento, no es disculpable dejasen de exigirlo los comandantes generales de las respectivas provincias, sobre los que muy particularmente reposaba la confianza del pueblo y del ejército. Don Cárlos en su doble conducta habia autorizado á Maroto para que marchase contra los sublevados, y á

mediados de agosto, ya con este objeto, ya con el prudente de tener despejada la frontera, se puso en marcha con dos batallones castellanos, uno navarro y dos escuadrones, con seguridad que le dió el general enemigo de no emprender operacion alguna en dos ó tres dias; mas en Villarreal de Zumárraga inesperadamente se encontró en la mañana del 18 con Don Cárlos que se opuso á este movimiento, previniéndole retrocediera, bajo pretesto de querer presenciar las operaciones militares sobre el enemigo, avanzado hasta Villarreal de Alava, y que amenazaba continuar á Ochandiano, añadiendo que los sublevados depondrian sus pretensiones segun le habian ofrecido; esto era dejarles progresar, y Maroto comprendió y en toda su estension la escondida idea de esta disposicion, y á pesar de todos los perjuicios que á él y á los que deseaban la paz podian acarreársele, respetó á Don Cárlos; este por la noche le dijo estrañaba no se le hubiesen presentado los gefes de los cuerpos, y Maroto les previno podian ir á besarle la mano y ver que les decia; fueron los gefes, y recibiólos Don Cárlos con su esposa é hijo: falto de resolucion en toda clase de momentos no les dirigió mas que las tan repetidas é insignificantes frases de "Adios, ¿estás bueno? ¿qué batallon mandas?" El 20 trasladóse Maro-

to con los tres batallones y demas tropas á Elorrio, á la vista del ejército de la reina situado en Durango. El 25 se hablaba públicamente de la paz, y ya semi-oficialmente se espresaron sus condiciones, en las que todavía aparecia entre otras la del reconocimiento de D. Cárlos como infante de España, si aceptaba, pero viviendo en el extranjero; mas aseguróse tambien que no se convenia el Real en ello. En este estado de agitacion se presentó repentinamente Don Cárlos en el campamento, y formaron los cuerpos para hacerle los honores; le acompañaba su hijo y la guardia de honor de caballería adherida á su persona é ideas: Maroto salió á recibirle, y al aproximarse con él á las tropas insinuó á algun comandante parecia estaba Don Cárlos resuelto á arengarlas y á dar al frente de ellas un golpe fuerte de autoridad sobre Maroto y varios gefes; paróse Don Cárlos frente de un batallon castellano formado en columna cerrada, y el primero en la línea, y la tropa se sintió conmovida á su vista, pero débil y sin resolucion apenas osaba romper á hablar, y despues de haber manifestado su poca energía, ya en su cortada espresion, ya componiéndose las bandas, ya arreglando las riendas de su fogoso caballo dijo de un modo frio y poco resuelto. "Hijos mios, ¿me reconoceis por rey? ¿estais decididos á derra-

mar vuestra sangre por mi causa y la religion? algunos soldados le victorearon, y prosiguió: "Yo tambien quiero la paz, pero la quiero digna del trono de San Fernando; ya sabeis que me protege nuestra generalísima la vírgen de los Dolores, y que con su auxilio de todo saldremos bien." Dicho esto y sin tentar nada, se dirigió con la misma debilidad y con igual arenga á otros batallones, y habiendo oido algunos vivas á Maroto, que no envolvian ninguna doble intencion, pues su persona estuvo siempre completamente segura, y sus mayores enemigos hubieran perecido antes de permitir que nadie tentase á ella, se creyó perdido, aturdióse, y volvió precipitadamente á Vergara cubierto de vergüenza y de desprecio: por la tarde algunos cuerpos y paisanos gritaron: "viva la paz" y de los caseríos acudian los aldeanos llenos de gozo. El 26 fue ya Maroto públicamente á una entrevista con el duque de la Victoria, y el general Latorre, uno de los mas decididos por la paz, á nombre de los vizcainos estuvo tambien en Durango con el mismo fin: se dijo á pocas horas no habia tenido resultado favorable la entrevista, y negada una suspension de armas por ocho dias que se pidió, se retiraron obedientes los cuerpos á los altos de Elgueta, respetando la resolucion de su general, y ase-

gurándole los gefes de los cuerpos que se hallaban á su inmediacion que seguirian la guerra con nuevo arrojo, con mayor constancia y hasta sin cuartel.

Maroto, rotas las negociaciones, dijo queria batirse y aprovechar la penetracion del enemigo en lo interior del pais, donde sin subsistencias, distante de su línea de operaciones, y encerrado en las gargantas, podia recibir un golpe de consecuencia reuniendo todas las fuerzas carlistas, aunque fuese abandonando momentáneamente las líneas. Las tropas se mostraron resueltas, y los comandantes generales de Navarra y Alava siguieron en una conducta política indecisa, no disculpable en su mucho prestijio y en lo árduo de las circunstancias.

El partido carlista entre tanta agitacion, y á falta de anticipadas bases, estaba con menos exijencias acerca de la cuestion de principios. Don Cárlos habia hecho muchos desengañados, y entibiado el ardor político; pero los restos de un sentimiento generoso de adhesion á la familia del que por seis años se habia saludado por rey entre tantos peligros, hacía á muchos desear la salvacion de alguno de los hijos de Don Cárlos en la nueva caida del padre; no ya como una bandera de partido, sino como el vivo representante de tanta sangre vertida y de tantos valientes bajados al

sepulcro. Pero no pudiendo entrar en cuestion con Don Cárlos ¿cuál se habia de elejir? ¿qué se podia esperar?

Los gefes guipuzcoanos con Iturriaga, y los de Vizcaya, á mediados de agosto, hicieron á Maroto nuevas comunicaciones, autorizándole para hacer la paz, salvando la existencia política del pais y los intereses personales, y el general Latorre manifestó, que deseoso de poner término á los desastres del pais vascongado, se hallaba decidido á verificar un tratado á nombre de las fuerzas vizcainas.

Don Cárlos todavía dió un decreto deponiendo á Maroto, y nombrando gefe de E. M. del ejército al desacreditado conde de Negri. en unos momentos en que, en caso, debia haber elejido al general mas acreditado y de mas prestijio entre las tropas. El conde, habiéndose presentado en Elgueta, fue arrestado y conducido á la presencia de Maroto, que le dió permiso para retirarse adonde le acomodase, y se volvió al Real. D. Cárlos y sus ministros ni una sola medida adoptaron ni supieron emplear para hacer tomar otra direccion á los sucesos, ó contener á los decididos por la paz.

Nada de cierto se sabía aun de nuevas relaciones entre los generales de ambos ejércitos, y los cuerpos pasaron con Maroto á El-

guibar. y desde allí á Villarreal de Zumárra-
ga y sus inmediaciones, en donde aun se dijo se seguiría la guerra á todo trance, y en donde el mas sagrado deber llamaba á los generales, cuya conducta vaga é irresoluta en los últimos tiempos es un cargo que en épocas mas tranquilas les dirijirá el pais vascongado. Salvar á Don Cárlos era un deber para todos; pero sacrificarse por el pais, y tomar parte en el arreglo de su definitiva suerte, una obligacion con que debian concluir los deberes carlistas. El 28 de agosto se celebró una reunion en Oñate, cuartel general del ejército enemigo, en que se redactaron los artículos del convenio, y en donde se hicieron generosas y fundadas reflexiones, aunque ya tardías, por el general Urbistondo y el brigadier Toledo, pues que el efecto moral producido por la penetracion que en el interior del pais habia hecho el enemigo, las desacertadas medidas de rigor de Don Cárlos, la firme resolucion en no mejorar las condiciones que manifestó el general contrario, y su conducta, que le puso en posicion dominante, le dieron todas las ventajas de la negociacion. El 29 marchó Maroto á Vergara, donde se hallaba el Duque de la Victoria, y el 30 por la tarde se hizo ya público el definitivo convenio, que se admitió y firmó por los gefes, verificándose su realizacion en la mañana del para

siempre memorable dia 31 en los campos de Vergara, por las divisiones guipuzcoana, vizcaina y castellana, con otros cuerpos y corporaciones, distinguiéndose en celo y actividad para la realizacion y para destruir algunas dificultades, los generales Urbistondo y Latorre, y el brigadier Iturbe.

La imposibilidad de conferencias en los últimos dias entre los principales gefes de todas las provincias, el silencio y la actitud pasiva é increible de varios, la persona de Don Cárlos interponiéndose siempre y en las mas críticas situaciones, y á la que por todos se juró respetar, sus decretos en los postreros momentos, su obstinacion, los movimientos de sus agentes en Navarra, y la marcha veloz de los sucesos, con otra multitud de circunstancias, fueron las solas causas de que en aquel dia no se hubiesen unido en una sola voluntad todos los cuerpos existentes en el ejército vasco-navarro.

El convenio fué formado por los generales en gefe duque de la Victoria y el ahora conde de Casa-Maroto con recíproca dignidad: los carlistas quisieron solo la palabra de otros españoles, y esta confianza generosa es digna de satisfaccion; si semejante acto no es cumplido por los que han quedado con el poder; si apasionadas interpretaciones lo menoscaban; si maliciosamente se evade lo que

en él se ofreció, la justa posteridad y los españoles de todos los partidos maldecirán á los que tal hicieran. El duque dejó condicional la cláusula de los fueros, respetando la soberana autoridad de las Córtes; pero haciendo esperar su revalidacion al darles cuenta del grande y feliz acto de la reconciliacion española que hacia cesar el derramamiento de tanta sangre y la continuacion de tanto sacrificio, y el conde al proponerla, desechando el imposible de Don Cárlos y su familia, y á falta de la organizacion de nuevos principios, se presentó en los fueros un vivo resultado de la guerra, y el deseo é intereses del único pueblo que sabia en los últimos tiempos entre los carlistas porque combatia; el reconocimiento de los empleos, grados y condecoraciones aseguró los intereses personales, y legitimó el premio de una sangre derramada, aunque en diversas banderas, por los hijos de una misma patria; la libertad de poder continuar sirviendo ó de retirarse concilió los deseos personales, las anteriores carreras, y la voluntad de aquellos que solo por las circunstancias habian corrido á las armas; el permiso de ir á Francia por cuatro meses tranquilizó entonces á los mas temerosos; el olvido recíproco de cuanto habia ocurrido fué la heróica base del sincero abrazo de Vergara, y aseguró la futura suerte de los pro-

pietarios comprometidos solo por sus opiniones políticas; la facilidad con que los démas ejércitos de Don Cárlos podian adherirse al convenio manifestó que los carlistas de las provincias no habian olvidado en aquellos momentos á los que, como ellos, habian peleado por una misma causa; y la ciega confianza en la palabra de ambos generales, sin extranjeras garantías, ha hecho del convenio un acto completamente nacional, que no ha dejado barra divisoria entre los recíprocamente convenidos en Vergara, y que encontró generosidad en los campamentos y en los pueblos.

El partido carlista ha desaparecido para siempre de la arena política, y como á tal los futuros destinos de la patria en nada le pertenecen; ni su felicidad ni su desgracia serán ya su obra; y la historia, cuando lleguen los tiempos de la imparcialidad, hará á los carlistas la justicia debida á sus pretensiones, y á la constancia con que durante siete años han sostenido su causa. Algunos creen que los carlistas debian haber garantizado la ejecucion del convenio con extranjeros apoyos, y los carlistas que no lo han hecho prefieren en estremo caso ser víctimas del engaño de otros españoles, si esto fuese posible, el derecho de poder apelar á extranjeros contra españoles; otros pretenden debian haber

exigido concesiones políticas que no eran posibles, y que en caso debian haber venido de otros partidos que tenian el poder constitucional, si las juzgaban convenientes; ademas reconocidos los principios constitucionales, solo la nacion, por medio de sus representantes, á cuya eleccion concurren todos los partidos ya confundidos, debe fijar y determinar sus leyes fundamentales; todo otro arreglo hubiera sido, ademas de imposible, un gérmen de nuevos disturbios, y una guerra solo suspendida: pretenden otros, finalmente, debia haberse fijado la suerte de Don Cárlos; pero esto no era dable en modo alguno, pues desaprobando este anticipadamente cuanto se hiciese, y no renunciando sus derechos al trono, era inútil cuanto á su favor se practicase; de otro modo estos mismos carlistas, que tanto y tan mal habia tratado, hubieran aun sacrificado una parte de sus intereses personales por atender á los de Don Cárlos y sus hijos.

Ya individuos de ambos ejércitos han combatido en unas mismas filas, ya han derramado juntos su sangre por la conquistada paz, ya antiguos carlistas han descendido al sepulcro, sellando el juramento de Vergara, y ya el gobierno de la reina ha premiado los servicios de algunos de sus nuevos súbditos. Los militares siempre generosos, y que lo

son tanto mas cuanto mas han combatido, se aprecian recíproçamente; recuerdan el valor que todos han demostrado durante la guerra; con orgullo se refieren los hechos de ambos campos, y si alguna vez los destinos de la España los conducen á combatir contra estranjeros enemigos, entonces reunidos rivalizarán en dar dias de gloria á su patria los que en tiempo de doloroso, pero olvidado recuerdo fueron en su mismo pais valientes y dignos contrarios.

El convenio de Vergara, superior á las pasiones, será siempre una época de feliz memoria, y el orgullo de los que le formarón; solo con él ha podido concluír una guerra de desolacion. ¡Plegue al cielo que una era de felicidad se eternice sobre los españoles, y que la tea de la discordia se haya apagado entre ellos para siempre!

En Cataluña el partido estremado, dominando en la junta superior gubernativa, compuesto tambien de las personas de menos consideracion, y apoyado en sus relaciones con el Real, hizo alejar del principado á los mas ricos propietarios y á los individuos de la alta nobleza del pais; cometió en varias épocas toda suerte de horrores, de tropelías y de vejaciones, obligando al inteligente general Urbistondo á abandonar su puesto con casi todos los gefes y oficiales de reputacion,

y cometiendo, ademas de otros atentados, el atroz de la muerte del conde de España: actualmente se ve en el extranjero á la mayor parte de los individuos pertenecientes á tan feroz partido, gozando de comodidades, fruto de sus vejaciones, mientras que los hombres templados y de recta intencion se encuentran reducidos á los duros, aunque honrosos sufrimientos de una compasiva hospitalidad.

En Valencia y Aragon, teniendo relaciones menos directas con el Real, los partidos permanecieron siempre contenidos ante el poder sin límites de Cabrera; este caudillo, elevado por sí mismo desde una oscura posicion al alto puesto de primer gefe de los carlistas aragoneses y valencianos, favorecido de la fortuna, con elementos dentro de sí mismo, teniendo la sagacidad de no dejar nunca crecer rivales á su alrededor que pudiesen combatirle, de carácter fuertemente duro, siempre en posicion dominante en su ejército, sin barreras á su voluntad, y protegido en el Real, mandó sin divisiones de gran importancia, y mantuvo sus tropas bastante unidas hasta el fin de la guerra, en que estaba destinado por su posicion á ocupar el principal lugar.

Las fuerzas carlistas de la Mancha, Galicia y otros puntos eran, aunque de bastante número y útiles á la causa, compuestas de

hombres turbulentos, sin opinion política en lo general.

Habiendo pertenecido al partido carlista, y cuando este ha concluido su existencia, he creido un desinteresado deber presentarle como era; defenderle de las acriminaciones con que se le ataca; presentar sus tendencias de gobierno; acreditar sus pensamientos políticos; probar comprendia españoles no indignos de este nombre; patentizar que tambien pensaba en la felicidad de la patria; dar á conocer á Don Cárlos y á sus favoritos y principales personages; y últimamente mostrar como solo los errores obstinados de este príncipe hicieron inútiles á su causa las increibles fuerzas y medios que sus partidarios le habian creado hasta 1839, y de los que á continuacion se indican los mas principales: los carlistas, como hombres de partido, han hecho por el á que pertenecian sacrificios de que ciertamente no todos los bandos de España pueden jactarse: como soldados han adquirido una indisputable reputacion, batiéndose con constancia, y adquiriendo ventajas á pesar de su inferioridad numérica; como sufridos han pasado con estremada resignacion por cuantos padecimientos y privaciones son imaginables, y como desgraciados han sido víctimas del mismo principe á quien alzaron; se les desconocen sus honrados sentimientos; se les ca-

lumnia, y aun tal vez se olvida la paz que los del convenio dieron á la nacion el 31 de agosto de 1839: ellos apelan á la imparcial posteridad; ante ella quieren aclarar los hechos, y un tiempo vendrá en que Don Cárlos y sus diversos partidarios serán juzgados, y en que tambien se conocerán los servicios que á su patria pueden prestar.

Fuerzas regladas en las Provincias Vascongadas, Cataluña, Aragon y Valencia en agosto de 1839, y recursos militares mas principales.

PROVINCIAS VASCONGADAS.

13 batallones navarros; 8 guipuzcoanos; 8 vizcainos; 6 alaveses; 2 cántabros; 6 castellanos, inclusas las compañías de cadetes y sargentos; 1 zapadores; 1 artillería; 4 de inválidos hábiles; 1 voluntarios realistas de Castilla; compañía de la guardia de honor, compuesta de jóvenes de las cuatro provincias; 4 escuadrones desmontados, haciendo servicio de infantería; 4 companías de las juntas ó diputaciones; 4 escuadrones navarros; 1 guipuzcoano; 1 alavés; 4 castellanos; guardia de honor compuesta de jóvenes de las cuatro provincias; guardias de corps, formando la escolta del estandarte de la ge-

neralísima, lo que formaba un total de 28,792 individuos de la clase de tropa, y 1417 caballos; habia ademas los tercios armados de Guipúzcoa y Vizcaya con oficiales del ejército; 4 fábricas de pólvora; 2 fundiciones; 3 fábricas de armas; 1 taller de monturas; repuesto de granos en las provincias; hospitales y cuerpo de sanidad, organizado con particular inteligencia por el entendido Don Bartolomé Obrador; maestranza y colegio de artillería en Oñate, y academia de ingenieros en Mondragon; tren de batir, y baterías de campaña que formaba una numerosa artillería, con crecidos repuestos de balas y granadas.

CATALUÑA.

Contaba 22 batallones y 6 escuadrones, dos de ellos llamados cosacos del Basós y del Llobregat, y destinados para servicios particulares; la compañía de mozos de las escuadras de Vals, una maestranza muy surtida en Berga, una fábrica de pólvora, una fundicion, aunque no muy perfeccionada, y unas treinta piezas de artillería; la junta disponia de bastantes recursos pecuniarios, pues cobraba las contribuciones de todo el principado sin esceptuar muchos pueblos fortifi-

cados; la posesion de la alta Cataluña, y los puntos fuertes establecidos en el Ebro, le proporcionaban ventajosas comunicaciones y auxilios del ejército carlista del mando de Cabrera y paso al reino de Francia; ademas habia cuerpos de voluntarios realistas.

ARAGON Y VALENCIA.

Se contaban unos 40 batallones comprendidos los no armados, y divididos en brigada Tortosina de Mora de Ebro, y divisiones aragonesa y valenciana, y 9 escuadrones bien montados y equipados. Desde la provincia de Cuenca se estendia una línea de fortificaciones, que enlazándose con la fuerte é importante plaza de Morella se prolongaba hasta el Ebro, estando dotada de bastante artillería: en Morella, y Cantavieja existian fábricas de armas, de pólvora, fundiciones y diversos talleres de efectos militares; la estension y riqueza del terreno que recorria Cabrera le proporcionaba abundantes recursos con que atender á las necesidades de su ejército, y burlar las mas acertadas combinaciones del enemigo, y el maestrazgo era su impenetrable ciudadela: tenia organizados cuerpos de voluntarios realistas.

Balmaseda, propenso á la independencia, contaba en los últimos tiempos con unos 400 caballos y alguna infantería: las fuerzas de la Mancha, Galicia y otros puntos estaban sujetas á contínuas variaciones.

NOTAS.

1.ª He indicado solo en esta memoria lo que he juzgado indispensable para dar á conocer políticamente lo que ha sido Don Cárlos, su partido, sus divisiones, y el convenio de Vergara, prescindiendo por esto de detalles y de acaecimientos importantes, pero agenos de este objeto: con vivo sentimiento me he visto en la necesidad de descender á las personas, particularmente á la de Don Cárlos; pero como las circunstancias particulares de ellas han creado muchas veces los sucesos, me ha sido indispensable, aunque he procurado hablar solo de las mas principales.

2.ª Aviraneta y cuantos de su clase quieren presentarse como promovedores del convenio de Vergara, cometen un grande errror. Sus nombres y su existencia era completamente ignorado en el ejército y pueblo carlista, y cuando mas, pueden haber agitado algunas pasiones en el extranjero, ó influido indirectamente en acaecimientos secundarios. El desengaño acerca de la persona de D. Cárlos, sus errores políticos, sus principios intolerantes, las divisiones que él mismo fomentó, y su grave falta en no procurarse el apoyo ó la neutralidad de las potencias que mas directamente influian en los negocios de la Península, ha destruido su causa, y las operaciones militares del ejército de la reina, y la conducta de su general en gefe facilitaron el convenio. Los carlistas necesitaban un hombre, y el hombre les faltó.

3.ª Estrañarán algunos no encontrar en esta memoria sus nombres y servicios distinguidos en el campo carlista, y á los que esto suceda deben tener presente que no me he propuesto escribir la historia general militar del ejército de

Don Cárlos, ni la particular de los individuos, de lo que varios se han ocupado, y sí solo la política del partido sobre el que únicamente he fijado mi atencion, prescindiendo de las personas, que repito me hubiera sido muy satisfactorio no haber tenido que nombrar ni una sola, y que cuando lo he hecho he prescindido de su actual situacion.

4.a He espuesto los sucesos tales como los he presenciado; he presentado francamente las situaciones prósperas ó adversas de los carlistas del modo que han sido, y he procurado establecerme en el campo de la imparcialidad política, que no he creido difícil al tratar de un partido que ya solo pertenece á la historia; y por esto cuando he creido justo defenderle de no merecidos ataques, lo he hecho con franqueza, puesto que ciertamente no se me podrá atribuir á miras interesadas.

5.a He escrito esta memoria sin escitacion de persona alguna, y sin mas objeto que el de que si se la juzga de algun valor, conduzca á la aclaracion de hechos, que creo no han sido presentados en su verdadero punto de vista, y que han de figurar en la historia.

ADVERTENCIA.

Esta Memoria estaba escrita hace algunos meses, y entregada á la imprenta mucho antes de los acaecimientos que han venido á alterar la pública tranquilidad; sin relacion estos y cuantos ocurran con la bandera de D. Cárlos, desechada para siempre por la generalidad de sus antiguos defensores, en nada destruyen ni se oponen á lo escrito, puesto que ya en la parte política, y ya en lo relativo á las personas, es solo la manifestacion imparcial de hechos que en posteriores tiempos formarán como un episodio de la historia general de España.

